Alfredo drama trágico en cinco actos
Joaquín Francisco Pacheco



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

Alfredo.	Berta.
Ricardo.	Ánjela.
Jorje.	---
Rujero.	Criados.
Roberto.	Damas.
Un griego.	Esclavos.
Un peregrino.	Monteros.

La escena es en Sicilia: los actos 1.º, 2.º , 3.º y 5.º en el castillo de Ricardo; el 4.º a la falda del monte Etna.

Acto I

El Presentimiento.
Un salón del castillo: puertas y ventanas.

1.ª

ALFREDO. *(Acabando de escribir).*- Es necesario, Roberto: forzoso, necesario partir. Esta voz que se levanta en mi pecho, que incesantemente está resonando en mis oídos, que me acompaña por donde quiera como una sombra... esta voz es un aviso de los cielos, para recordarme mi descuido, y señalarme mi deber. Bastante tiempo la he resistido: bastante he cerrado mi corazón a su llamamiento; oigámosla, y sigámosla por fin. Tratemos de acabar con esa fantasma que me persigue. Y que sólo puede disiparse en las playas de la Palestina...

(Se levanta). La suerte de Rujero, el gozo que guardaba esperimentar al verle unirse con tu hija, han podido sólo detenerme hasta ahora. Ya se concluyó: ya está asegurada la felicidad de ambos... Cuando los rayos del sol naciente vuelvan a dorar la altiva cumbre del Monjibelo, Alfredo saludará por última vez las costas de Sicilia, y engolfándose en esos mares preguntará al Oriente su felicidad o su desgracia.

ROBERTO.- Lo habéis decidido, por fin... estáis resuelto a emprender esa peregrinación... ¡sea! Un escudero no tiene derecho para oponerse a vuestra voluntad; su obligación es sólo cumplirla... Pero si los consejos, si las reflexiones de una anciano pudieran hacerse oír en ese corazón que está rebosando juventud: si os dignaseis escucharme con la deferencia que me habéis mostrado otras veces...

ALFREDO.- Siempre te la mostraré del mismo modo. Tú sabes que toda mi vida te he mirado como a un padre; y yo sé que me has aconsejado siempre como pudieras haberlo hecho con un hijo.

ROBERTO.- Mas ahora...

ALFREDO.- Ahora... no te debo engañar. Yo no soy libre en esta determinación. Parece que una mano sobrenatural, que una potencia misteriosa me impele fuera de mi patria. Esta

memoria de mi padre está siempre comprimiendo mis entrañas: su nombre retumba como un trueno dentro de mí: su imajen vaga continuamente ante mis ojos... ¿Por qué no ha de ser un aviso? ¡Ay!, tal vez oprimido de cadenas, sumerjido en una prisión horrorosa, sólo con sus recuerdos y sus pesares, invoca a Alfredo para que lo liberte, y ¡Alfredo no responde a su desesperación!

ROBERTO.- Y aun cuando así fuera ¿qué conseguiríais con atravesar los mares, y sepultaros también vos mismo en esa malhadada Palestina? ¿Habíais luego de descubrir su existencia? ¿Habíais de conquistarle su libertad? -Desengañaos, Alfredo. Un velo misterioso cubre la suerte de vuestro padre. Tres lustros se han cumplido, desde que abrumado de dolor por la pérdida de su esposa, tomó la cruz, y emprendió la peregrinación de la Tierra Santa. Diariamente, desde entonces, hemos visto en Sicilia mil cruzados que tornaban de aquel país: en este mismo castillo habéis hospedado los más ilustres caballeros de Felipe Augusto y de Ricardo de Inglaterra... ¡Pues bien! Ninguno os ha dado razón de vuestro padre... Sabéis los rescates que se han verificado..., vuestro padre no ha sido comprendido en ninguno... -Creedme, Alfredo: esa marcha que intentáis es inútil. O mi señor ha querido encubrirse del mundo todo, sepultándose para siempre en algún devoto monasterio, o una corona de inmarcesible eternidad ha circundado ya su frente, y premiado dignamente su virtud.

ALFREDO.- Tal vez... sí ¡tal vez! Entonces... yo besaré la tierra regada con su sangre: yo ofreceré al pie de su sepulcro el homenage del amor filiar: yo elevaré mis oraciones a los cielos, donde tendrá su morada, y le pediré me guíe con su ejemplo, y me infunda su valor para vengarle de los enemigos de nuestra ley.

ROBERTO.- No, Alfredo: invocadle desde vuestros dominios, e imitadle en gobernar a vuestros vasallos. Primero que abandonarse a los impulsos del entusiasmo o de la devoción, está el cumplimiento de las obligaciones... Permitidme que os hable con franqueza. Desde que se ha apoderado de vuestro ánimo esa melancolía, habéis descuidado la administración de justicia en vuestros pueblos. No es ese el ejemplo de vuestro padre: no es esa la conducta que nos hacían esperar vuestros primeros ensayos. Volved a las antiguas ocupaciones: desechad esa preocupación que os ofusca el juicio; y sed de nuevo el orgullo y la esperanza de Sicilia.

ALFREDO.- Tú tienes razón, querido Roberto: tú tienes razón..., pero no me es posible variar. Ya te lo he dicho: una fuerza irresistible me arrebata... Mira, mira la cruz sobre mi pecho: déjame, pues, que siga mi destino; ¡que se cumpla como esté determinado!... ¡Ay!, no pienses que esta partida tiene para mí encantos que me arrebaten..., no: el corazón se me arranca al abandonar este castillo, donde mis ojos se abrieron a la luz del día; estas bóvedas que han resonado tantas veces con los ecos de mi harpa; esas praderas, donde he gozado tanto en los bellos años de mi juventud. No hay en este contorno una roca, un árbol, una fuente, que no esté unida para mí con algún recuerdo agradable... ¿No quedas tú aquí también, mi querido Roberto? ¿No queda aquí Rujero, que es la mitad de mi corazón?... Y a pesar de todo yo pugno por irme: yo corro tras de un deber..., ¡ay!, quizá también corro por huir del sendero del crimen!...

ROBERTO.- ¿Por huir del sendero del crimen?... ¡Vos!

ALFREDO.- ¡Roberto!..., tú... ¿no crees?... *(Señalando al corazón).*

ROBERTO.- Lo que yo creo, Alfredo, es que deliráis..., que vuestra imajinación os estravía.

ALFREDO. *(Muy vivamente).*- No, Roberto: no la calumnies: no calumnies la imajinación... Ella es un don de la divinidad: ella penetra la losa de los sepulcros, y rasga el

velo que cubre al porvenir: ella invoca a la eternidad y a la nada; y la nada y la eternidad responden a su voz, y se levantan en su presencia...! -*(Pausa).* Estoy cansado..., me convendría quedarme solo un instante... Mi querido Roberto..., ¡es necesario!, ¡necesario! -¿Querrás encargarte de disponer los preparativos de mi marcha?

ROBERTO.- (¡Qué joven!... Y ¡tan infeliz por sus pensamientos!)

2.ª
ALFREDO.

¡No me entiende!..., ¡nadie me entiende!... Rujero sólo me entendía; pero Rujero ha entregado a Ánjela su corazón..., ¡yo no tengo a quien entregarle el mío! -Partiré: partiré..., trataré en fin de apaciguar este cáncer que devora mi pecho. Un mundo nuevo va a comparecer a mi presencia: una vida que no he esperimentado..., ¡mejor! Allí se lidia contra los enemigos de Cristo: allí se combate por la gloria de la cruz: aquella es la tierra del heroísmo y de la inmortalidad... ¡Gofredo! ¡Tancredo! ¡Ricardo de Inglaterra! Vuestra gloria ha crecido en aquellos lugares, como la palma que adorna sus desiertos, como el cedro que corona las cimas de sus montañas. Quizá mi gloria crecerá también como la vuestra, y mi nombre se confundirá con vuestro nombre en los cantos del trovador... ¡Ay!, el sentimiento que me impele es tal vez más puro que el que os conducía a vosotros..., ¡mi padre!, ¡mi padre, sepultado hace tanto tiempo en aquellas rejiones!... *(Pausa).*

(Principia a oírse un preludio de harpa. En seguida una voz canta el siguiente romance. Alfredo manifiesta sorpresa, ajitación..., corre a las ventanas.... último, queda suspenso escuchando muy atentamente, y cual si temiese perder una palabra sola).

LA VOZ.- «Ya luce en los cielos, señal de victoria,
el astro que eclipsa la luna de Agar...
¡Guerreros de Cristo!, volad a la gloria:
sus palmas radiantes os tiende Cedar.

¡Ricardo!... Ricardo volaba el primero,
brillando entre todos cual rayo de luz...
Torrentes de sangre derrama su acero...
¡Victoria a Ricardo!, ¡victoria a la Cruz!

Un velo le envuelve: su gloria se apaga,
efímera lumbre que el viento llevó...
Su nombre tan sólo fantástico vaga,
cual sombra de tumba que el Jenio evocó.

¡Despierta, Ricardo!... Tu amigo se lanza,
romper tus cadenas ansiando o morir...
¡Despierta, Ricardo!... Victoria y venganza
su espada de fuego sabrá conseguir!»

ALFREDO.- ¡Ha concluido!..., sí..., ha concluido... Y parece que cantaba para mí..., que espresaba mis propios sentimientos... ¡Roberto! ¡Rujero! ¡Jenaro! ¡Roberto!...

3.ª
ALFREDO, ROBERTO.

ROBERTO.- ¡Señor!, ¡señor!

ALFREDO.- ¿Quién es, Roberto?

ROBERTO.- ¿Quién, Señor?

ALFREDO.- ¿No lo has oído?, ¿no lo has escuchado?... ¿Quién es?

ROBERTO.- ¿El que cantaba? -Es un peregrino que se ha presentado a la puerta del castillo pidiendo una limosna. Su aspecto, su harpa, descubrían un trovador. Ánjela le exijió que cantara algún romance, y él...

ALFREDO.- Vuela, Roberto..., vuela..., que no parta..., hazle venir a mi presencia..., ¡al momento!..., ¡al momento!

4.ª
ALFREDO.

¿No es por ventura un canto profético?... Es el nombre de mi padre..., es su destino..., ¡Ricardo! ¡Ricardo!, ¡padre mío! Sí, ya puedes despertar..., ya se prepara mi brazo para rasgar ese velo que te oculta..., ya se lanza Alfredo, ansiando morir o romper las cadenas que te oprimen... ¡Despierta! ¡Su espada sabrá conseguir la venganza y la victoria!

5.ª
ALFREDO, ROBERTO, UN PEREGRINO, RUJERO, ÁNGELA, CRIADOS, ESCLAVOS.

ROBERTO.- Entrad... Estáis en presencia del Señor de este castillo.

ALFREDO.- Acercaos, estranjero... ¿De dónde venís?

EL PEREGRINO.- De Jénova, Señor.

ALFREDO.- Y ¿quién sois?

EL PEREGRINO.- Mi traje os lo está diciendo..., un peregrino de la Tierra Santa.

ALFREDO.- ¿Cuándo habéis estado en la Palestina?

EL PEREGRINO.- Jamás. Ahora me dirijía a ella... Caminaba para Chipre, donde dicen que se reúna la nueva cruzada.

ALFREDO.- ¿De verdad, estranjero? ¿Nunca habéis estado en la Palestina?

EL PEREGRINO.- Nunca, Señor... Os lo juraré por este báculo, tocado en el sepulcro de Santiago y en el altar de San Marcos de Venecia.

ALFREDO.- ¿Qué romance es, pues, ese que acabáis de cantarnos? ¿En dónde le habéis aprendido? ¿Cuál es su significación?... Respondedme...

EL PEREGRINO.- No la sé... Yo soy provenzal: he cultivado la gaya ciencia; y más de una de mis canciones han volado por el mundo, y repetídose en soberbios castillos... Perdonad, Señor: voy a satisfaceros... He conocido en Alemania un trobador inglés que tornaba de la Palestina... De él aprendí este romance.

ALFREDO.- Pero ¿no os descifró su significado?

EL PEREGRINO.- Nunca: ese era su secreto... Al pronunciar el nombre de Ricardo, solía correr una lágrima por sus mejillas... Él enseñaba el romance a todos los trabadores que encontraba en su camino; jamás empero lo cantaba.

ALFREDO.- ¡Todo misterios!, ¡todo oscuridad!... Cuando pienso levantar el velo, descubrir la luz, me confundo más hondamente en las tinieblas!... A Dios, estranjero... Tomad. *(Le entrega algún dinero).* Os suplico sólo que al cantar la última estrofa de vuestro romance, pongáis en ella mi nombre, el nombre de Alfredo... Es muy fácil..., no rompe la medida... -A Dios..., vais a la Tierra Santa..., yo también..., tal vez allá volveremos a encontrarnos.

6.ª
ALFREDO, RUJERO, ÁNJELA, CRIADOS, ESCLAVOS.

ALFREDO.- ¿Estabas tú aquí, Rujero? No había reparado en ti..., ni en Ánjela tampoco... Perdonadme, amigos míos: ¡el Peregrino y su romance habían arrebatado toda mi atención!

RUJERO.- Pero acabo de escuchar una noticia que me ha sorprendido; y al considerar esa cruz en vuestro pecho... ¡Marcháis, Señor, y no habéis contado con Rujero!

ALFREDO.- Rujero..., en esto sólo quiero ser obedecido de ti. Acabas de formar unos lazos que no es lícito desatar por ninguna consideración humana. Ángela te ha entregado su corazón, y tú debes hacer su felicidad.

RUJERO.- (¡Me engañasteis!)

ALFREDO.- Sí: tú harás la felicidad de Ánjela. Ella es pura como su nombre, y merece el amor que le profesas. Yo he visto nacer ese amor, y he debido asegurarlo... -Escuchad todos. Al nuevo sol voy a partir para la Tierra Santa...

RUJERO.- ¡Tan pronto!

ALFREDO.- ... a donde me llaman mi obligación y una solemne promesa. De vosotros, sólo Jenaro me acompañará. Durante mi ausencia, Rujero mandará, como si fuese yo propio, en mi castillo y en mis estados. Le encargo.... le suplico que se aconseje de la esperiencia de Roberto. Quedan libres desde ahora todos mis esclavos sarracenos. *(Los esclavos se arrojan a sus pies).* Sí, infelices, levantaos..., podéis volver al África, a llevar el consuelo a vuestras familias... ¡Tal vez tenéis hijos, que lloran la pérdida o la esclavitud de su padres!... Eximo a mis vasallos de la mitad del canon de sus tierras: sepan que Alfredo, al separarse de ellos, les ha dispensado este beneficio... Mis restantes disposiciones las encontraréis en esta carta. *(Toma el pergamino en que escribía al principio, y lo entrega a Rujero).* Os pido que roguéis

a Dios por el buen éxito de mi empresa: acordaos todos de mí, como yo me acordaré de vosotros.

7.ª
Los de la anterior, ROBERTO.

ROBERTO.- Perdonad, Alfredo, que os interrumpa. Un caballero cruzado, acompañado de una hermosa joven, acaban de presentarse en el castillo, y preguntan por vos. Ahí están; y únicamente aguardan vuestro consentimiento.

ALFREDO.- ¿Quiénes podrán ser?

ROBERTO.- Lo ignoro. Sólo puedo deciros que no parecen sicilianos.

ALFREDO.- ¡Y bien!... Al instante. *(Roberto sale).* No sé qué ajitación es esta. El corazón me palpita como si me arrastraran a un suplicio... Apenas puedo sostenerme.

8.ª
Los de la anterior, JORJE, BERTA.

ALFREDO.- ¿Dícenme que preguntabais por mí...?

JORJE.- ¿Sois vos Alfredo?

BERTA.- ¿El hijo de Ricardo?

ALFREDO.- ¡O Dios! ¿Conocéis a Ricardo?, ¿a mi padre? ¿En dónde está? ¿Cuándo le habéis visto?... ¡Por piedad, Señora!...

JORJE. *(Tomándole la mano).*- ¡Joven!... Es preciso someternos a la voluntad de Dios!

ALFREDO.- ¡Qué palabras! ¿Lloráis, Señora?... ¡Vos también estáis enternecido!... Rujero..., mi padre... *(Jorje señala con la mano el cielo).* ¡Ha muerto!

JORJE.- Sí..., vuestro padre ha recibido ya el premio de sus virtudes!

ALFREDO.- ¡Y yo no he podido estrecharle entre mis brazos! ¡Y sus ojos habrán buscado los ojos de su hijo, antes de cerrarse para siempre! ¡Y tal vez habrá acusado mi neglijencia y mi molicie!... Mas decidme, estranjero, ¿es cierto?, ¿estáis seguro de que es verdad? ¿Cómo lo habéis sabido? ¿Le conocíais acaso?...

JORJE.- Sí, Alfredo: yo le conocía; y lazos muy sagrados me habían unido a él... Cuatro años hace, desde mi llegada a la Palestina, hemos combatido juntos contra los enemigos del nombre cristiano. El sitio de Tolemaida inmortalizó la gloria de vuestro padre, bajo la denominación del caballero de las armas negras.

ALFREDO.- ¡El caballero de las armas negras!

JORJE.- Ese era el nombre con que se le conocía... Una promesa le obligaba a ocultar el suyo; y yo soy el único cruzado a quien lo ha descubierto.

ALFREDO.- ¡Padre mío!... Así nos era imposible saber de su existencia!

JORJE.- Pude prestarle en cierta ocasión algún servicio, y contrajimos la más sincera amistad. -Mi hermana Berta me había seguido a los Santos Lugares; viola Ricardo, y quiso que nos uniésemos más indisolublemente. Berta fue su esposa..., vuestro padre me llamó su hermano.

ALFREDO.- ¡Vos, señora!, ¡vos!

BERTA.- Sí, Alfredo... En mí tenéis a la desgraciada viuda de Ricardo.

JORJE.- Dispuso vuestro padre volver a Sicilia, y nos embarcamos en un navío jenovés que partía de Tolemaida. A las pocas leguas de navegación, dimos en medio de la flota del Saladino. Nos defendimos valerosamente como caballeros de la Cruz; pero nuestra galera fue abordada por tres a un tiempo, y al cabo los infieles se apoderaron de ella. Nosotros fuimos cautivados y cargados de cadenas: vuestro padre... pereció combatiendo.

ALFREDO.- ¡Dios mío!

JORJE.- Yo le vi caer a mi lado, abierto el pecho al golpe de una cimitarra..., todos le vimos espirar..., todos envidiamos su suerte, que le libertaba del cautiverio, ¡y le aseguraba la corona de los mártires...!

ALFREDO.- ¡Sí, es envidiable!..., ¡su suerte es envidiable! ¡Lágrimas sobre nosotros que le perdemos...! Pero él..., él ha muerto como cristiano: ha caído como caen los valientes... Su nombre resplandecerá cubierto de inmarcesible gloria..., su muerte servirá de ejemplo a los que combaten por el triunfo de la Cruz...!

JORJE.- Dos meses hemos yacido en duro cautiverio, hasta que unos caballeros de la redención ajustaron nuestro rescate. -Las galeras de San Juan iban a salir para Palermo: en ellas hemos venido... Ayer desembarcamos en las costas de Sicilia.

ALFREDO.- ¡Bien venidos seáis, pues, a este palacio..., tan vuestro, Señora, como mío. La que mi padre elijió para compañera de su vida, debe considerarse en él como soberana... Sin embargo, una entrada más lisonjera, más triunfal, os hubiera deseado... ¡En este día todo debe ser luto y desconsuelo!... Lloraremos todos..., ¡lloraremos al que llenaba nuestros corazones, y no volveremos a ver más!... *(Éntranse).*

Acto II

La Pasión.
Galería con asientos, jardín, en el fondo del volcán.

1.ª
ROBERTO, ÁNJELA.

ROBERTO.- Pero ¿es posible que Rujero...?

ÁNJELA.- Rujero, padre mío, no sabe más que nosotros. Como nosotros estraña la mudanza de su amigo: esa tristeza reservada y silenciosa, en que se ha trocado su anterior melancolía, tan espansiva, tan amable. En vano se ha atrevido a dirijirle algunas preguntas; Alfredo es ya otro, hasta para él... Pero vos ¿no calculáis?

ROBERTO.- Nada, nada, Ánjela..., mi entendimiento se confunde, y no acierta a descifrar ese carácter extraordinario. Ningún motivo racional hay para tan repentina mutación. Hasta pocos días hace, todos sus escuderos, sus colonos, sus vasallos, eran a su vista hermanos, amigos, compañeros. Sus modales eran la misma dulzura..., sus consideraciones para conmigo parecían más bien las de un hijo respecto a su padre, que las de un barón poderoso respecto a un escudero suyo... Actualmente todo se ha cambiado. Sus palabras son duras, sus disposiciones ásperas, sus oídos se cierran a nuestros consejos, sus miradas y sus maneras son desdeñosas..., ya no somos en fin sino sus escuderos y vasallos, ni él es ya sino un Señor, como todos los Señores que oprimen nuestros desgraciado país.

ÁNJELA.- Demasiado cierta es esa descripción... Aun yo misma, ¡objeto siempre de sus inocentes atenciones...! Pero no seamos injustos, padre mío: no le juzguemos con precipitación... Tal vez la noticia intempestiva de la muerte de su padre...

ROBERTO.- No lo pienses, Ánjela... Antes de recibir esa noticia, estaba ya casi persuadido de ella; y lejos de causarle efecto, sólo servía para hacerle más dulce y más interesante.

ÁNJELA.- *Casi* persuadido, decís..., pero conservaba todavía la esperanza, y no se veía abrumado por una certidumbre cruel... ¡Es tan bella la esperanza!... Esa dama inglesa fue quien vino desgraciadamente a destruirla... Desde que ella entró en este castillo, no parece sino que se ha inficionado su atmósfera...

ROBERTO.- ¡Ánjela!

ÁNJELA.- No sé por qué, padre mío..., pero yo no puedo amarla... Es hermosa, muy hermosa..., y sin embargo me causan un miedo..., ¡me hacen un mal sus ojos cuando los clava en los míos! Casi, casi se me hiela la sangre en el corazón... Y, a la verdad, no sé por qué... También es un poco triste, y gusta de vivir retirada... ¡Si la vierais!... Siempre anda sola; siempre buscando los sitios más ocultos... ¡Es natural!..., ¡tan joven y ya viuda!...

ROBERTO.- ¡Silencio! Ánjela, ¡silencio!... Alfredo se acerca.

ÁNJELA.- ¿Cuándo había yo de pensar que me daría miedo sólo de mirarle?

2.ª
ROBERTO, ÁNJELA, ALFREDO.

ALFREDO.- ¿Habéis visto a Jenaro?

ROBERTO.- No...

ÁNJELA.- No le hemos visto.

ROBERTO.- ¿Deseáis que le busque?

ALFREDO.- ¡Y le dije que me aguardara en este sitio!... No hay barón en Sicilia peor obedecido que yo... ¡Es abusar ya demasiado de mis condescendencia!

ROBERTO.- Voy a buscarle, y le diré...

ALFREDO.- No es necesario. -*(Pausa.* ALFREDO *se pasea).* Perderemos el mejor tiempo para la cacería... (ROBERTO *se va*).

ÁNJELA.- ¿Salís a cazar?, ¡tan tarde...!

ALFREDO.- ¡Tarde!... No, no es tarde...

ÁNJELA.- Se está ya poniendo el sol... Me parecía que era tarde para cazar...

ALFREDO. *(Con viveza y expresión).*- ¡Ánjela! ¡Ánjela! Nunca es tarde para quien...

ÁNJELA.- ¡Qué palabras!... No os comprendo...

ALFREDO.- (¡Insensato!..., ¿qué iba yo a decir?)

ROBERTO.- *(Entrando).* Jenaro, señor, os aguardaba en esta puerta...

ALFREDO.- No era ahí donde yo le había mandado... ¡Todos se creen con derecho para hacer su voluntad! *(Vase).*

ÁNJELA.- ¡Cuánto siento que nos hubieseis interrumpido! Si tardáis un poco, me parece que Alfredo iba a confiarme alguna pena oculta. ¡Si le vieseis qué conmovido estaba!

ROBERTO.- ¡Conmovido!, sí..., eso es muy común..., pero no es tan fácil arrancarle su secreto. -En fin, ya estás viendo qué maneras...

ÁNJELA.- Bajo de esas maneras, sin embargo..., no lo dudéis, padre mío..., se esconde siempre un bello corazón. ¡Pues qué!, ¿puede renunciarse en un momento a las ideas y a los hábitos de toda la vida?... Mas he aquí Rujero que llega..., ¡cuán diferente del que acaba de dejarnos!-

3.ª
ROBERTO, ÁNJELA, RUJERO.

-...¿No es verdad, Rujero mío?, ¿no es verdad que tú eres dichoso, muy dichoso, al lado de tu padre y de tu esposa?

RUJERO.- Sí, mi querida Ánjela. Mi cariño acia ti durará tanto como mi existencia. Tú has sido la ilusión de mi juventud: tú eres el encanto de mi vida: tú serás el consuelo de mis últimos años. A tu lado, y sólo a tu lado, es donde encuentro mi felicidad.

ÁNJELA.- ¡Ah!, yo también cifro la mía en tu cariño, y no más que en tu cariño... Y sin embargo, me falta una circunstancia para ser completamente dichosa... Tú sueles estar triste, mi querido Rujero; y eso no puede menos de entristecerme a mí también... No me digas

nada..., no te disculpes... Sé muy bien el motivo: el motivo es Alfredo y su apasionada tristeza... -¡Le quieres tanto!, ¡te interesas tanto en su suerte!

RUJERO.- Sí, Ánjela; es verdad. El silencio obstinado, el intempestivo cambio de Alfredo, me alarma, y me desazona por él. Ya ves que este sentimiento es justo. Él ha sido el compañero de mi infancia, el amigo de mi juventud. Nos hemos amado entrañablemente; y durante muchos años no hemos tenido un secreto reservado, ni un placer, ni una pena que no fuese común a los dos. Juzgad si deberá sorprenderme la conducta que observa ahora. Él abandona cuanto amaba hasta aquí, y manifiesta en todas sus acciones una lijereza, una instabilidad, enteramente contrarias a su carácter antiguo. De espansivo se hace reservado: de bueno hasta la debilidad, se convierte en áspero hasta la dureza... Y yo sigo también la condición común..., y ya no me fía sus pensamientos..., ya recata de mí los pesares que le aflijen... ¿Cómo he de ser insensible a tantas novedades?

ROBERTO.- Tu esposa observaba poco ha que su mudanza ha coincidido con la llegada de la viuda de su padre. Desde entonces tuvo principio: después, ha seguido siempre en aumento.

RUJERO.- Es cierto... Yo también lo he pensado varias veces... Pero ¿qué relación pudiera haber...?

ROBERTO.- ¿Quién sabe?... Si la observación es esacta, no la debemos despreciar... ¿Quién sabe? Alfredo es joven: Berta está adornada de una brillante hermosura...

RUJERO.- Me hacéis estremecer... Pero no, no..., desechad esa idea... Yo conozco a Alfredo..., es la misma virtud... Su corazón no podría mancharse con un amor incestuoso.

ROBERTO.- ¡Es la misma virtud su corazón!... Sí..., y ve aquí por lo que yo sospecho: su virtud es la que me hace temblar... Por ella es por lo que temo que una desgraciada pasión sea el motivo de esta conducta inesplicable.

RUJERO.- Os repito que me hacéis estremecer... ¿Sería posible? -En este caso..., forzoso es hablarle.

ÁNJELA.- ¿Hablarle?, ¿tú, Rujero?... Y ¿no temes?... *(Principia a oscurecer).*

RUJERO.- Nada: ¿qué he de temer?..., ¿no es mi amigo?... Forzoso es cumplir con las obligaciones de ese nombre..., salvarle, aun a pesar suyo, si fuera necesario. -Voy a buscarle en el momento.

ÁNJELA.- No le encontrarás. Hace un instante que salió a cazar con Jenaro..., un momento antes que tu llegaras.

RUJERO.- (¡Otras veces no salía nunca sin mí!)

ÁNJELA.- Pero no tardará mucho... Ahora no tiene quietud ni constancia en ninguna cosa... Y por otra parte va oscureciendo..., no puede tardar. -Escucha.... me parece..., sí: ya está de vuelta... ¿No oís el ruido de los caballos?... Por la puerta del jardín... Vedle, vedle qué pálido llega...

RUJERO.- Aún no nos ha visto... Dejadme solo con él... No tengas ningún recelo, Ánjela mía... Descuidad... Si su secreto es el que pensáis *(a Roberto)* yo se lo arrancaré por más que lo oculte, y cuento con vuestra cooperación para libertarle del precipicio.

4.ª
RUJERO, ALFREDO.
(Atraviesa el teatro y se sienta al otro estremo).

RUJERO.- (No me ha visto aún).

ALFREDO.- El mismo hecho..., el mismo principio en todas partes... ¡La fatalidad!... ¿Será, por ventura, la fatalidad la única ley del mundo? ¿No seremos todos sino débiles instrumentos de su poder; vanos juguetes de sus arcanos misteriosos?

RUJERO.- (No sé si interrumpirle...)

ALFREDO.- Entonces..., la virtud no sería más que un nombre vano; y esta lucha en que consumo mis fuerzas, el delirio de una necia vanidad... Entonces..., no habrá remedio: yo seré arrastrado, como la rama que cayó en el torrente..., despedazado, como la garza cojida por el halcón... Esta garza y este halcón: ...en vano quise impedirlo: ...su destino... Mucho mal, mucho mal me han hecho... No puedo desterrarlos de mis memoria!

RUJERO.- (Es forzoso arrancarle a sus cavilaciones). -Me perdonaréis si me llego a interrumpiros... Pareciome, haber observado tal palidez en vuestro semblante...

ALFREDO.- ¡Puede ser!

RUJERO.- ¿Os sentís con alguna incomodidad? ¿Padecéis acaso?... Pero ¡necio de mí!, ¿cómo he de tener duda en vuestros padeceres? ¿Pasa un día, una hora, un solo momento, en que vuestro corazón no esté desgarrado?... En vano queréis ocultármelo, Alfredo: no es fácil que yo me equivoque sobre los afectos de vuestro corazón... Sin embargo, me parecéis tan abatido esta tarde!...

ALFREDO.- ¡Rujero!..., nosotros hemos hablado varias veces de la fatalidad y del destino..., y concluíamos siempre por despreciar estas ideas... ¿Crees tú que tuviésemos razón?...

RUJERO.- Sí..., ciertamente..., lo creo...

ALFREDO.- Escucha. -Salía yo esta tarde a cazar..., no por cazar..., ¿qué sé yo por qué?... Apenas me había retirado cincuenta pasos del castillo, cuando una bellísima garza, la más hermosa que he visto en mi vida, vino a presentarse delante de mí... Mi primer movimiento fue soltar sobre ella el halcón, cuyos ojos centelleaban de alegría al contemplarla... A este impulso sucedió una idea de lástima: tuve compasión de su inocencia, y reprimí mi movimiento... Volví el caballo en otra dirección..., pero la garza voló también acia aquel lado... Me dirijí nuevamente por allí... Esta constancia de buscar la muerte, este empeño de ofrecerse al peligro, me empeñó más en salvarla... Decidime a volver al castillo: ...entonces desapareció..., y mi corazón descansaba, libre del peso horroroso que le oprimiera: ...Casi tocaba a la puerta, cuando se me presenta otra bandada..., suelto el halcón se lanza sobre ella: ...un instante, y ¡ya no existía!... ¡Rujero! ¿Quién impelía a la garza, para que se precipitara a su muerte?..., ¿quién ha burlado mis esfuerzos por salvarla?

RUJERO.- Nuestra vida está llena de misterios..., ¿quién puede dudarlo, Señor?..., pero no, no nos impele una potencia irresistible... Siempre tenemos fuerza para defendernos..., siempre, para quebrantar y sacudir el yugo de las pasiones.

ALFREDO.- Tú no sabes, Rujero..., tú no sabes lo que son las pasiones... Tú no has esperimentado sino pasiones fáciles, inocentes, capaces de un lejítimo desahogo... ¡Pero yo!...

RUJERO.- ¡Vos!... Ya lo sé, Alfredo..., vos... ¡Y bien!..., para este caso es el esfuerzo... Es necesario que las dominéis... Es necesario que lanzéis de vuestro pecho lo que nunca ha debido entrar en él...

ALFREDO. *(Levantándose furioso).*- ¡Rujero!

RUJERO.- Podéis hacer lo que os parezca... Si porque he adivinado los combates de vuestro corazón: ...si porque quiero fortificar vuestros sentimientos de rectitud: ...si porque deseo libertaros del precipicio a cuyo borde marcháis..., os place también atravesar con ese acero al amigo de vuestra infancia... Entonces creería haberme equivocado, y pensaría que ya habíais caído en una sima horrorosa, de la que fuera en vano quereros retirar.

ALFREDO.- No... ¡Rujero!, ¡no!... ¡Mis manos son todavía inocentes!

RUJERO.- Y vuestro corazón también... El que combate no está vencido aún, y puede prometerse la victoria... ¡Alfredo!, es menester salvaros...

ALFREDO.- ¡Rujero!..., ¡amigo mío!

RUJERO.- ¡Llorad..., sí..., llorad!, esas lágrimas son la prenda del triunfo... No las habíais derramado en mucho tiempo; y ved ahí el motivo de mis temores...

ALFREDO.- ¡Ay!, tú no sabes el combate atroz que desgarra mi pecho: ...tú ignoras los furores de la pasión que me consume... No es una pasión humana; es un amor frenético, infernal: es una llama irresistible: es un ascua de hierro candente, enterrada dentro del corazón... En vano la he combatido, Rujero: en vano he luchado con todas mis fuerzas: en vano he llamado a mi socorro los auxilios de la razón y de la virtud... El acero se clavaba más profundamente: el ascua abrasaba con más intensidad mis entrañas... No creas que me desconozco... Yo he sido bárbaro, bárbaro contigo, bárbaro con todos los que me rodean. En el estravío de mi imaginación, buscaba en esa barbarie la fuerza que me faltaba para resistir... Yo he trastornado todos mis hábitos: he buscado la distracción en otras aficiones..., ¡tal vez hasta en otros vicios!... ¡Insensato! ¿Dónde ocultarse de sí propio?, ¿dónde olvidar un pensamiento, cuando él solo forma nuestra existencia?

RUJERO.- ¡Alfredo!

ALFREDO.- ¡La fatalidad, Rujero!, ¡la fatalidad!..., ella domina el universo..., ¡ella sola!... La garza buscaba al halcón; y en vano, ¡en vano procuraba yo impedir su muerte!... ¿Quién la fascinaba?..., ¡la fatalidad! Ella me conduce, ella me impele con su brazo de hierro... Mi resistencia..., ¿de qué sirve mi resistencia?... Sólo he de hacer más áspera, más desgraciada, más estrepitosa mi caída.

RUJERO.- No, Alfredo: es necesario salvarte..., y tu amigo tiene derecho para exijirlo de ti, para compelerte a ello... ¡Lejos de nosotros esa femenil debilidad!... Hablas de tu resistencia: dices que es inútil..., y ¿qué has hecho para resistir?... El hombre combate cuerpo a cuerpo las pasiones, y no se deja rendir por ellas. Si tú hubieses ya sucumbido, si hubieran principiado a arrastrarte..., entonces sí que no sería ya tiempo. Pero aún no ha llegada ese caso: aún puedes..., aún es necesario salvarte... ¡Hijo de Ricardo!... ¿Tiemblas?, ¿te estremeces a este nombre?... ¡Bien!, estremécete, y escúchalo..., escúchalo, para tenerlo

siempre delante de los ojos... ¡Hijo de Ricardo!..., ¡es menester que huyas de la viuda de tu padre!

ALFREDO.- ¡Calla, calla!... ¡Rujero!... Que ese nombre no suene en tus labios..., jamás ha sonado en los míos... Que no le oigan..., ni los árboles, ni estas columnas, ni el viento que nos rodea... Que no sepan mi infamia..., que no repitan mi nombre como el horror y el oprobio del mundo... ¿Ignoras que si otro que tú le hubiese pronunciado..., si otro hubiera conocido mi crimen...?

RUJERO.- Cálmate, amigo, cálmate... Jamás saldrá de mis labios una espresión indiscreta..., jamás. Pero es necesario que me obedezcas: exijo de ti la promesa formal..., el juramento de verificarlo.

ALFREDO.- Habla..., estoy resuelto a cumplir todo lo que me ordenes.

RUJERO.- Júramelo por tu honor..., por nuestra amistad..., por la sombra de tu padre.

ALFREDO.- Sí, sí: lo juro..., y si no lo cumpliere, véame deshonrado a la faz del universo, y cubierto de infamia y de baldón.

RUJERO.- En nombre de tu padre..., al nacer el día..., ¡parte para la Tierra Santa!

ALFREDO.- ¡Rujero!

RUJERO. *(Durante esta escena ha salido la luna).* ¡No más!

5.ª
ALFREDO.

¡Al nacer el día!..., ¡partir para la Tierra Santa!... ¡Y bien!..., lo he jurado: forzoso será cumplirlo... Tiene razón: no hay otro remedio para libertarme... ¡Berta! ¡Berta!, ¿porqué te he conocido?, ¿porqué arribaste jamás a las costas de Sicilia?... Yo hubiera vivido inocente: hubiera vivido feliz..., tú me has robado mi inocencia, y no puedes darme la felicidad...

6.ª
ALFREDO, BERTA.

BERTA.- ¿Sois vos, Alfredo?

ALFREDO.- ¡Es ella!

BERTA.- Pareciome oír una voz que se quejaba en este sitio..., y naturalmente me he dirijido acia él... Seríais vos..., sí: no quiero interrumpiros: ...los corazones tristes se reposan en la soledad..., y estas dulces y melancólicas noches de Sicilia..., ¡ah!..., no hay en ninguna rejión noches tan bellas como en este país.

ALFREDO.- ¿Son bellas, decís?

BERTA.- Vos no podéis estimarlas, Alfredo; porque no habéis esperimentado las de otras rejiones... ¡Dichoso vos, que nunca abandonasteis el suelo de vuestra patria tan hermosa!... Pero yo..., yo, juguete de un destino voluble, yo he conocido las escarchas y las nieblas de Inglaterra, y los arenales ardientes de la Palestina..., el país de los huracanes del polo, y el país de los huracanes del desierto... ¡Ay!, ¡ni en la Palestina ni en la Inglaterra se respiraba el aliento de esas flores, ni se escuchaba ese blando murmullo que es tan agradable a mi corazón!... Pero me olvidaba..., perdonadme, Alfredo: ...voy a dejaros...

ALFREDO.- ¡Ah!, no..., ¡no me dejéis!..., continuad ¡por compasión!... ¡Son tan dulces vuestras palabras! ¡Me quedan tan cortos momentos de oírlas!

BERTA.- ¡Cómo, Señor!, ¿marcháis?, ¿cuándo?, ¿a dónde?..., ¡nada me habíais anunciado!...

ALFREDO.- Sí, Berta..., marcho: ...mañana mismo: ...es forzoso: ...el nuevo sol me verá lejos de aquí.

BERTA.- Tan pronto!

ALFREDO.- ¡Pronto!..., ¿tendríais vos interés en dilatarlo?

BERTA.- ¡Yo!... Pero, ¿a dónde es vuestra marcha?, ¿cuál es el objeto de vuestra partida?

ALFREDO.- ¡Lejos..., muy lejos...! Para no vernos más en este mundo... Esos desiertos arenales, esas rejiones asoladas bajo un sol sin piedad...

BERTA.- ¿La Palestina?

ALFREDO.- Sí, la Palestina... Allí, allí... No hay en el mundo otra esperanza, no hay otra salvación para Alfredo!

BERTA.- Yo respeto vuestras razones, y no quiero arrancaros los secretos de vuestro corazón... ¡Quiere decir que la desgracia no se ha cansado de perseguirme...! ¡Cuando pensaba haber encontrado un apoyo, un amigo verdadero, que me hiciese más soportable mis penas..., cuando había sentido por vos la más dulce simpatía..., voy nuevamente a quedar abandonada a merced de un hermano caprichoso, y a todo el horror de un desamparo eterno.

ALFREDO.- ¡Por piedad, Berta!, ¡por piedad!... ¡Ah!, vos no sabéis...

BERTA.- Disimuladme si os he hablado de mí. Es la primera vez..., porque iba a ser la última. Había colocado en vos mi esperanza..., y es muy triste renunciar a ella...

ALFREDO.- (¡Imposible!, ¡imposible!... Yo no puedo abandonarla.)

BERTA.- Quisiera pediros un favor... Marcháis a la Palestina..., llevadme a mí también... Allí, en el monte Carmelo existe un monasterio de relijiosas, donde he pasado algunos años de mi vida..., allí existen también las únicas relaciones que me quedan en el mundo... Conducidme a él. En él rogaré a Dios por vuestra prosperidad..., y si mi memoria no os es enteramente agradable, en él podréis de tiempo en tiempo saludar alguna vez a vuestra amiga.

ALFREDO.- No, Berta; ...no partiréis..., no partiremos... ¡Imposible!, ¡imposible!... ¡Perezca mi virtud!..., ¡imposible!... No puedo abandonaros... El crimen..., el infierno mismo..., ¿qué me importa?... No..., ¡no os abandonaré!

BERTA.- ¡Alfredo!

ALFREDO.- Sí, Berta: conocedlo: conoced nuestra situación..., ya es imposible callar... Yo os adoro..., yo llevo el infierno mismo, el infierno del amor, dentro de mis entrañas... He luchado..., he resistido..., he querido huir..., ¡imposible! Vos no me habéis dejado huir... Vos habéis querido precipitarme...

BERTA.- ¡Yo!

ALFREDO.- Tú, tú..., que también me amas, tal vez sin saberlo..., tú, que me has arrastrado al abismo donde vamos a precipitarnos uno y otro... Porque ya es forzoso, Berta: ...ya es forzoso que tú seas mía, y que yo sea tuyo..., ya es forzoso que gozemos la felicidad del delirio, pues hemos perdido la de la inocencia... ¡Forzoso, sí, forzoso...! ¡Hija de la Bretaña!, tú has nacido para mí..., un destino férreo nos une..., una mano de bronce nos impele el uno contra el otro... ¡Ven! Aquí..., a la faz del cielo y de la tierra...

BERTA.- ¡Alfredo! ¡Alfredo!..., vuestro padre...

ALFREDO.- ¿Qué importa mi padre?... Mi padre fue feliz antes de bajar a la rejión del descanso... Yo también lo seré... Tú me perteneces desde mi infancia: sí: porque tú has realizado todas la ilusiones que la mecieron... Me perteneces..., ¡maldición!, ¡maldición al que lo haya impedido!...

BERTA.- ¡Por piedad, Alfredo..., no abuséis de mi debilidad...! Quizá..., ¿quién sabe?..., puede ser...

ALFREDO.- ¡Indudable! Tú me amas... mi corazón ha incendiado el tuyo..., ese es nuestro destino... la fatalidad de nuestra estrella... ¿Quién puede impedirlo?, ¿quién? Vamos a ser felices... Seamos felices un solo momento, y después ¡que el infierno nos confunda! ¿Qué importa?... Un instante; y venga, ¡venga en seguida el rayo que nos aniquile!...

BERTA.- ¡Qué palabras!... Tú me pierdes... Mi resistencia..., ¡ay!... ¡Alfredo!... ¡Y bien!... Yo te amo.

ALFREDO.- Pero no lo digas... ¡Palabra de felicidad!..., que no la repita el eco..., que no la gocen las auras..., ¡para mí, para mí solo!... ¡Momento de placer! ¿Qué ha sido mi vida hasta ahora? ¡Vanidad..., necedad..., insipidez eterna! ¿Me amas, Berta?, ¿me amas?... Y tú me lo has dicho..., y tus labios..., tus ojos..., esas lágrimas de placer, que se escapan por tus mejillas... ¡Noche!, ¡primera noche de mi existencia!... Antorcha que iluminas mi ventura!...

(Berta lánguida y abandonada. Alfredo en el mayor delirio la tiene entre sus brazos).

7.ª
ALFREDO, BERTA, JORJE.

JORJE.- ¿Qué miro?... ¡Berta! ¡Alfredo! *(Corriendo a ellos).*

BERTA.- ¡Ay!... ¡Mi hermano!

ALFREDO.- ¡Desgraciado!

JORJE.- ¡Asesino!

BERTA.- ¿Qué has hecho, Alfredo?

ALFREDO.- Ven, Berta, ven... He castigado su crimen... ¡Él había visto mi felicidad!

(Al sorprender Jorje a su hermana en los brazos de Alfredo, estos se separan, cayendo aquella sobre su asiento. Alfredo con un movimiento prontísimo e irreflexivo saca su daga y hiere a Jorje. Este cae al suelo, gritando «¡asesino!». Alfredo coje a Berta en sus brazos y se la lleva. -Todo debe ser instantáneo).

Acto III

El Remordimiento.

Una galería: en el fondo una capilla, que se abre para la última escena.

1.ª
RUJERO, ROBERTO.

ROBERTO.- Yo estoy resuelto, Rujero: el astro de la noche me verá lejos de este castillo. ¡Bien sabe Dios cuán costoso me es el dejarlo..., cuanto ha de padecer mi espíritu al encontrarme separado para siempre de unos lugares donde pasé cincuenta años de mi vida!... Pero, hijo mío, no me es posible permanecer más tiempo en esta caverna de maldición. Mientras ha podido esperarse que Alfredo volviese en sí de sus estravíos, y que reparase por un arrepentimiento solemne y público sus crímenes y sus escándalos, he debido permanecer en su compañía, a fin de escitarlo a que siguiese este camino. Tal era mi obligación para con su padre, que me lo encomendó a su marcha, para con él, para conmigo propio... Mas cuando el tiempo y las reconvenciones han sido inútiles; cuando, lejos de contenerse en su viciosa carrera, cada día se precipita por ella con más desenfreno; cuando desprecia las amonestaciones de nuestro santo Obispo, y prepara hoy ese inmenso escándalo, que debe asombrar hasta a los infieles enemigos de nuestra ley..., no; mis ojos no se mancharán presenciando un espectáculo tan impropio; y por más que se destroze mi corazón al considerar este destierro a que voy a condenarme..., tendré valor, tendré fortaleza para llevarle a cabo.

RUJERO.- ¿Qué queréis que os diga?..., razón tenéis para esa determinación. Yo también tuve esperanzas de reducirle a la virtud de que apostaba..., mas todas se han desvanecido... El que hace gala del crimen, ya no es accesible al arrepentimiento...

ROBERTO.- Te he manifestado mi resolución, que es invariable: no te aconsejo que modeles por ella tu conducta..., en semejantes casos, cada uno debe consultar con su conciencia, y seguir únicamente sus impulsos... Sólo quisiera pedirte una gracia. Ánjela es tu mujer: los derechos del padre espiraron al nacer los del esposo: yo no puedo ordenarle que me siga; desearía, pues, que tú se lo permitieses... Como débil anciano, necesito un apoyo que sostenga mis últimos momentos, de una persona amada que dulcifique los largos días de mi vejez..., como padre, debo anhelar porque mi hija no respire el mismo ambiente que esa desdichada Berta. El aliento de los malvados emponzoña la atmósfera que los rodea, y puede envenenar hasta la sangre de los inocentes. -¿Me concederás esta gracia?

RUJERO.- Descuidad, padre mío; Ánjela os acompañará..., y Rujero también.

ROBERTO.- ¿Tú también, Rujero?

RUJERO.- Yo..., yo, que tampoco quiero permanece a su lado... ¿Para qué? Demasiado he sufrido; y demasiado he de sufrir aún, sólo con la memoria de ese infeliz, que fue tan virtuoso... Yo os seguiré..., yo os seguiré, Roberto...

ROBERTO.- ¡Tú me seguirás!, ¡me seguirá Ánjela!... ¡Ay!, acompañándome vosotros, ya no me parecerá tan duro mi destierro.

RUJERO.- ¿Para qué he de permanecer aquí?... Ni él hace caso de mis palabras, ni ese misterioso y desconocido estranjero las deja llegar a sus oídos... Ese es el que me lanza de este palacio, como me ha lanzado del corazón de Alfredo. Sus consejos son los que los pierden..., los que le cierran los ojos a la luz..., los que le impelen en el precipicio... Su ominosa aparición cuando acababa de cometerse el asesinato de Jorje, su presencia como sobrenatural en todas partes, sus espresiones tan fríamente malvadas, que hielan la sangre hasta el fondo del corazón, aquella fisonomía que hace estremecerse, aquellas miradas que ningunos ojos humanos pueden sostener...

2.ª
RUJERO, ROBERTO, EL GRIEGO.

EL GRIEGO.- Alfredo pregunta por vos..., tiene que comunicaros ciertas órdenes.

ROBERTO.- ¿A mí?

EL GRIEGO.- A vos... Son respectivas a la ceremonia que va a verificarse.

ROBERTO.- Entonces..., podéis decirle que busque otro a quien comunicarlas..., porque yo no pienso contribuir por mi parte a tamaño escándalo.

EL GRIEGO.- ¿Eso respondéis al barón?... ¿Así cumplís vuestras obligaciones?

ROBERTO.- Eso le respondo..., así cumplo mis obligaciones... Vos le serviréis mejor..., y le acabaréis de despeñar en un precipicio sin fondo. -Ven, Rujero...

EL GRIEGO.- Esperad, Rujero: tengo que deciros dos palabras... Ya os seguirá... (Podéis pensar de mí lo que queráis..., pero sabed que las palabras que se pronuncian más en secreto, resuenan en mis oídos tanto como las esplosiones del volcán).

RUJERO.- (¡Y bien!...)

EL GRIEGO.- (Era sólo una simple advertencia...) Id... Roberto os aguarda...

RUJERO.- (¡Apenas le habíamos nombrado!)

3.ª
EL GRIEGO.

Así, así..., que se precipiten..., que pongan en ejecución su idea..., que partan cuanto antes del castillo... ¡Mejor!..., menos obstáculos..., menos temores. -¡He aquí Berta!...

4.ª
BERTA, ÁNJELA.

ÁNJELA.- Permitidme, Señora, que me retire..., para mí no sería placentera esa magnífica ceremonia.

BERTA.- ¿No lo sería para vos?... ¿No sería placentera, decís?

ÁNJELA.- Perdonadme si mi franqueza...

BERTA.- Pero ¿qué motivo?...

ÁNJELA.- Dispensadme tanto atrevimiento... Los que hemos nacido en una clase vulgar, conservamos siempre mil preocupaciones... Yo confieso que lo serán las mías; pero no puedo vencerlas... No os faltarán, Señora, damas de honor ni jóvenes muy lindas, que os acompañen al altar... Permitidme..., permitidme que me retire...

5.ª
BERTA.

¡Ánjela!... ¡Ánjela!... No me atiende... No sé lo que pasa por mí... ¡Vedme aquí despreciada, escarnecida por una mujer de la plebe..., a quien él había colmado de beneficios..., a quien yo los reservaba todavía mayores!... ¡Insolente!... Abusa de mi carácter, de la bondad que le he manifestado con tanta franqueza..., abusa para vilipendiarme..., para abatirme..., ¡para ajar mi orgullo, y gozarse con mi humillación...! ¡Ella me ha despreciado!..., ¡a mí!..., ¡a la sangre más pura de la Bretaña!... ¡Ella se ha creído deshonrada de estar conmigo!, ¡ella se cree superior a Berta..., a la que se dignaba desde su elevación tenderle una mano para levantarla del polvo!... No sé lo que pasa por mí... ¡Insolente!... Y ¿así ha de quedar triunfante..., así jactanciosa de haberme humillado?... No... Es necesario que un hecho notable, ejemplar..., me vengue de esa desdichada, para que yo no me avergüenze de mí misma...

-¡Más crímenes, Berta! ¿No te bastan los cometidos?..., ¿no te bastan esos fantasmas que te persiguen noche y día, en as tinieblas y en la luz, en el bullicio, en la soledad, hasta en el seno de los mismos placeres que te arrastraron a cometerlos?... ¿Quieres que se levante aún otra voz tremenda, para aumentar el número de tus acusadores?... No..., no..., yo no tengo derecho para exijir de ella una estimación que mi conducta desmerece..., ella tiene derecho para despreciarme... La esposa de un villano es más honrada que la...

-Pero ¿no voy a ser su esposa?, ¿no va a pronunciarse sobre nosotros la bendición de la iglesia?, ¿no van a lejitimarse estos lazos, a estrecharse indisolublemente con la palabra de un ministro del Señor?... Sí: dentro de pocos instantes yo seré de Alfredo, y Alfredo será mío a la faz del mundo..., un cuantioso donativo habrá lavado nuestras faltas, y apaciguado la cólera divina..., y nadie, nadie tendrá derecho de mirarme con altivez... ¡Cuánta va a ser entonces mi felicidad!... ¡Ay!, acábase el remordimiento que despedaza mi corazón..., y aunque deba morir un instante después... Acábase, fenezca esta voz que está siempre resonando en mis oídos...,

que repiten las bóvedas..., que se prolonga debajo de tierra..., esta voz..., *«¡incestuosa!... ¡fratricida!...»*

6.ª
BERTA, EL GRIEGO.

EL GRIEGO.- ¡Ilusión!, ¡debilidad!

BERTA.- ¿Me escuchabais, amigo mío?

EL GRIEGO.- Debilidad que yo me figuraba hubieseis ya desechado... ¿No os he proporcionado este medio de acallar vuestros vanos escrúpulos?... Desechadlos, Berta... Serenad vuestro corazón y vuestro semblante... ¡Estáis tan ajitada!... Alfredo va a llegar dentro de un momento... Preparaos a recibirle..., ¡que tornen las rosas a vuestras mejillas!. En cuanto a la atrevida que os ha insultado poco ha... que ha pretendido humillaros...

BERTA.- ¡Lo sabíais!... ¿Se ha jactado quizá de ello?

EL GRIEGO.- Descuidad en mí... No se lisonjeará de su triunfo...

BERTA.- Pero...

EL GRIEGO.- Alfredo viene..., os dejo bien acompañada... En eso consiste la felicidad..., creedme..., no hay nada de real y de positivo sino el placer... ¡Todo lo demás son quimeras y preocupaciones...!

7.ª
BERTA, ALFREDO.

BERTA.- ¡Alfredo mío!

ALFREDO.- ¡Berta..., qué conmovida estás!

BERTA.- No: no es nada..., ya no es nada... Lo estaba hace un instante..., pero llegó nuestro amigo, y sus palabras me han animado... ¡Cuánto le debemos, Alfredo!

ALFREDO.- Sí, Berta: le debemos mucho. -Cuando mis antiguos vasallos, mis escuderos, hasta Rujero mismo, a quien he colmado de tantas distinciones, nos miraban con aversión, con horror tal vez..., este griego sólo nos ha consagrado una fidelidad sin límites, y está multiplicando sus servicios por nuestra felicidad... Apenas indicamos un deseo, y ya le vemos cumplido por él... Hoy mismo..., si vamos a lejitimar la pasión que nos devora; si vamos a recibir las bendiciones de la Iglesia..., a su celo, a su eficacia lo debemos. -Ignorantes y supersticiosos los sacerdotes de esta isla, se negaban a santificar nuestro enlace, arrastrados por las necias preocupaciones del vulgo, y por un respeto servil acia ese viejo imbécil que ocupa la silla de Palermo... ¡Y bien!, nuestro amigo ha hecho venir un sacerdote de su patria, ese varón de eminente sabiduría, que ha escuchado con benignidad, que ha escusado nuestras faltas, que ha disipado nuestros temores, que va a pronunciar sobre nosotros la bendición que nos unirá lejítimamente...

BERTA.- Y que acabará con nuestros remordimientos... ¿No es verdad, Alfredo?

ALFREDO.- Sí: amor mío..., acabará... ¿No lo esperas tú también?

BERTA.- Lo espero..., y esa esperanza es lo único que me apega a la vida... ¡Ay!, ¡qué feliz voy a ser cuando esté tranquila, libre y tranquila mi conciencia!, ¡cuántos tesoros de amor y de ventura voy a encontrar en tu compañía!... Todo, todo lo que nos rodee, hasta las fieras, hasta las plantas, hasta los seres insensibles, van a tener envidia de mi felicidad... El sol nacerá todos los días brillante y majestuoso..., la noche se levantará siempre amable y placentera..., mi vida, mi vida toda va a ser una continua ilusión, un sueño inacabable de placeres... Brotará la rosa bajo nuestras pisadas..., un aroma purísimo embalsamará el ambiente que respiremos..., una música etérea, celestial, vagará en torno de nosotros... El mar nos tenderá sus ondas apacibles..., el bosque nos dará su melancólico murmullo..., el universo entero sus jemidos de amor y de esperanza... ¡Ah! Cuando la primavera haya rociado sus dones en esta tierra de bendición..., en el sosiego de la noche..., a la dulcísima luz de la luna..., en esa playa, donde las perezosas oleadas se estrellan tan blandamente..., al vago y tierno sonido de tu harpa, que dilatará una brisa leve y aérea como la memoria del placer..., ¿no es verdad, Alfredo?..., ¡entonaremos el himno de los amores, y tu corazón y el mío se confundirán en aquella inefable delicia...!

ALFREDO.- ¡Por piedad, Berta!, ¡por piedad!... ¡Más despacio!... Ten compasión de mí... Tú me haces espirar de placer.

BERTA. *(Con el mayor sobresalto).*- ¡Ay!

ALFREDO.- ¡Berta!

BERTA.- ¡Perdón!, ¡perdón!, ¡misericordia!

ALFREDO.- ¡Berta!

BERTA.- ¿No la has oído?..., ¿esa voz?... ¡Perdón!... ¡No más!, ¡no más!... Alfredo, sálvame..., ¿no la oyes?... *«¡Frati...!»*

ALFREDO.- ¡Calla, Berta!, ¡calla!... ¡Desdichada!... ¡Desdichados uno y otro!... ¡Qué palidez!... ¡Berta!

BERTA.- ¿No volverá a sonar?..., ¿lo esperas, Alfredo?... ¡Ay! Nunca ha sido tan espantosa..., nunca se ha clavado tan fuertemente en mis entrañas... ¿No volverá a sonar?... ¿Crees tú que termine, cuando haya caído sobre nosotros la bendición del sacerdote?... ¡Alfredo!... ¡Qué desdichada soy!... No me dejes..., no te separes de mí un solo momento... ¿Crees tú que acabará este suplicio?

ALFREDO.- Sosiégate, Berta: calma esa ajitación a que te abandonas, y que es tan funesta para ambos... ¡Yo no sé cuál va a ser nuestra suerte..., rodeados sin cesar de esa sombra que no nos deja un solo instante, que nos persigue más en los momentos de más ventura!... ¡Fatalidad de maldición! ¿Qué me importa el poseerte, el disfrutar de la felicidad suprema, si en el mismo delirio del placer ha de derramarse esa copa emponzoñada, para convertirlo en un infierno de dolores?... ¡Si yo pudiese aniquilarla!..., ¡si pudiese, aunque fuera a fuerza de crímenes!... ¡Imposible! Está escrito que no podamos ensordecer a esa voz, que no tengamos defensa contra ese puñal que llevamos en nuestro seno...

BERTA.- ¡Conque no hay salvación, Alfredo! ¡Conque estoy condenada a este suplicio perdurable!... ¡Y yo formaba esperanzas lisonjeras..., esperanzas sólo de deleite por el porvenir!... ¡Dios míos!, ¿por qué he venido a este castillo?... Tú vivías inocente y feliz; yo..., no era dichosa..., ¡pero tampoco sufría este martirio imponderable!

ALFREDO.- ¡Berta!

BERTA.- ¡Cuánto debes maldecir mi llegada! Ella nos ha traído la perdición de ambos..., el asesinato..., el incesto..., ¡horrorosa comitiva que venía en pos de mí...! ¿Porqué no he permanecido eternamente en las mazmorras de Damieta?, ¿porqué no sumerjieron los mares mi navío, antes de arribar a estas playas?, ¿porqué no me consumió el rayo que vi estallar sobre la cima del Carmelo?... ¡Yo hubiera sido virtuosa lejos de tu lado..., tú hubieras sido feliz, a no habernos conocido!

ALFREDO.- No, eso no..., jamás. Desecha esos pensamientos impíos, indignos de ti, indignos también de Alfredo... Nuestro destino ha sido horroroso; pero es necesario que se cumpla: ...yo no lo repudio, yo no renuncio a él. Nuestra vida está dominada por el mal..., enhorabuena: le sufriremos..., mas no dejaremos de amarnos..., no nos arrepentiremos de nuestra pasión... -Mira, Berta..., mi corazón padece tanto como el tuyo..., esas voces que resuenan para ti, también están incesantemente atronando mis oídos..., esos fantasmas que te persiguen, también están de continuo ante mis ojos... ¡Pues bien!, yo los prefiero, yo prefiero estos horrores, a esa inocencia vana e insípida de que me hablabas... ¿No los prefieres tú también, hija del norte? ¿Quisieras tú por ventura, a precio de esa triste inocencia, abandonar un corazón como el mío, separarte para siempre de la mitad de tu ser, hasta olvidar la memoria de tantos momentos de felicidad?

BERTA.- ¡Alfredo! ¡Alfredo mío!

ALFREDO.- No lo quisieras..., no puedes quererlo... Ya te lo he dicho, Berta: un destino sobrenatural nos une..., un destino que nos hiciera el uno para el otro... Es desgraciado, sí..., o a lo menos lo ha sido hasta ahora... ¿Quién sabe si mañana será más venturoso? El tiempo puede borrar mil preocupaciones que combatimos en vano..., la bendición de la iglesia...

BERTA.- ¡Ay!, en esa..., en esa sólo está mi esperanza. ¡Si ella nos volviese la calma que hemos perdido!... ¡Con qué placer daría yo de limosna la mitad de mis bienes, por conseguirla sin separarme de tu lado!

ALFREDO.- Esperémosla..., esperémosla aún... Nuestro amigo nos la promete...

8.ª
ALFREDO, BERTA, EL GRIEGO.

EL GRIEGO.- Y vuestro amigo no sabe faltar a su palabra... Verdaderamente no lo merecíais... ¡Espíritus débiles, que no saben sobreponerse a una preocupación!... En fin, lo habéis querido: el sacerdote os aguarda en el altar...

ALFREDO.- ¡No sé cómo pagaros tanto servicio!..., ¡cómo acreditaros mi agradecimiento! -Berta..., ¡cuando gustéis!...

BERTA.- (Apenas puedo sostenerme..., ¡qué angustia!) ¡Vamos!

9.ª

ALFREDO, BERTA, EL GRIEGO, ROBERTO, RUJERO, ACOMPAÑAMIENTO.

ALFREDO.- Roberto..., ¡vos!... Pensaba que no quisieseis ser testigo...

ROBERTO.- Y no lo pienso ser... Pero desearía que me permitieseis dirijiros algunas palabras... ¡Tal vez serán las últimas!...

ALFREDO.- ¿Las últimas, has dicho?

ROBERTO.- Sí, Alfredo, las últimas..., porque mi vida, pura como estos cabellos blancos que caen sobre mi frente, no había de ir a mancillarse... Disimulad si os hablo de este modo: yo no sé disfrazar ni mentir mis sentimientos... -Bien sabéis que no he nacido vasallo de vuestros mayores: no son mi patria vuestros estados: mis ojos se abrieron a la luz en el otro lado de la montaña. Atraído por las promesas de vuestro abuelo, vino mi padre a establecerse en estos contornos: las mercedes del vuestro, las mercedes de Ricardo acabaron de fijarme en ellos. Yo los consideraba ya como una patria adoptiva, más querida aún que la verdadera; y en ella había siempre pensado que descansasen mis cenizas... ¡Ilusión, locura, el fundar proyectos en el porvenir!... Estaba determinado que a los doce lustros de mi edad había de emprender una peregrinación en busca de nueva patria, y que no había de tener en donde reclinar la cabeza... ¡No importa!... -Tomad, Señor, tomad: *(Entregándole un pergamino.)* ...os devuelvo cuantas mercedes he recibido de vuestros ascendientes y de vos... Adiós, Alfredo: ¡que el cielo os ilumine!

ALFREDO.- Espera, Roberto..., espera... ¿Porqué tanta precipitación?, ¿porqué quieres abandonar el castillo?, ¿porqué te formas tú mismo esa fantasma, que te asuste? -¡Si lo hubieras hecho antes...! Mas ahora..., cuando la iglesia ha aprobado ya va a bendecir esta unión....

ROBERTO.- Callad, callad, Señor..., y no añadáis el sacrilejio y la blasfemia a los demás crímenes de que estáis cargado... ¿Qué iglesia es la que aprueba esa unión escandalosa, esa unión que debe estremecer a todos los fieles?... Un sacerdote desconocido, venido, según dicen, de otras rejiones, que nos trae ese aventurero misterioso, imajen del príncipe de las tinieblas... ¿Es esta la iglesia cristiana?, ¿es esta la iglesia de Sicilia, la que presidiera al matrimonio de vuestro padre, la que os recibió al nacer, la que santificó a mi presencia vuestro nombre?... ¡La iglesia va a bendecir esta unión!, -¿cuando el Obispo de Palermo os ha conminado ya con sus cesuras, si no la rompíais en un brevísimo plazo?...

BERTA.- ¡Alfredo!

ALFREDO.- ¡Ea!, ¡basta, Roberto!... ¡Al punto, al punto has de partir del castillo!... Jactancioso de virtud y de honradez..., ¿te prescriben estas ser tan insolente con tus Señores?

ROBERTO.- Vos no lo sois ya mío.

ALFREDO.- Lo soy aún, viejo imbécil, mientras permanezcas en mi casa.

ROBERTO.- Decís bien..., en ella no tengo ya derechos..., ¡otras veces! ¡Dios mío!, no os pido por mí aunque voy a ser muy digno de compasión..., ¡sólo para él os pido misericordia!

EL GRIEGO. *(A Roberto.)*- Esperad. -*(A Alfredo.)* Podéis prevenirle que lleve consigo a su hija..., discípula suya en moderación... Preguntadle a Berta, que os informará de cuán humilde se le mostraba poco hace.

ALFREDO.- ¿Ánjela?

EL GRIEGO.- Ánjela..., ¡digna por cierto de su nombre!

ALFREDO.- ¿Sería posible?

BERTA.- Sí, Alfredo. Ánjela acababa de insultarme acerbamente.

ALFREDO.- Y ¡nada me habíais dicho!..., ¡y habíais querido sufrir en paciencia tanta humillación!... Que se presente Ánjela al instante...

RUJERO.- ¡Deteneos!

ALFREDO.- ¡Rujero!, ¿también tú te opones a mi voluntad?

RUJERO.- No me opongo, Señor; voy a cumplirla... Ánjela es mi mujer... Tomad. *(Le entrega otro pergamino.)* Ya no soy yo tampoco vasallo vuestro... Ánjela va a seguirme lejos de vuestro palacio...

ALFREDO.- ¿También tú me dejas, Rujero? ¿También tú te declaras en contra mía?

RUJERO.- Sí..., yo os dejo..., lo que nunca pensé... ¡A Dios, Señor!..., ¡sed feliz! *(A Roberto.)* ¡Vamos!

10.ª
ALFREDO, BERTA, EL GRIEGO, ACOMPAÑAMIENTO.

ALFREDO.- ¡Todos me abandonan!, ¡todos se separan de mi lado con horror! ¡Tan inmenso es mi crimen!, ¡tan patente el sello de reprobación grabado sobre mi rostro!... ¿Para qué he quedado en el mundo?, ¡para asombro, para execración universal!... ¿Llevaré, por ventura, como Caín, el signo de la maldición divina?...

BERTA.- ¡Alfredo!

EL GRIEGO.- ¡Dejadlo quejarse como un niño de los fantasmas que él mismo se crea! ¡Dejadlo que sea infeliz por su propia voluntad!... ¡Justo motivo es, por cierto, la marcha de un viejo caduco, y de un joven fanático, para apesadumbrarse de esa suerte!... Y ¡a la verdad, que le debemos bastante los que estamos a su lado! ¿Vale menos mi amistad que la de ese joven? ¿Vale menos el amor de Berta que...?

ALFREDO.- ¡No, no...! Perdona, amigo mío..., perdona, mi adorada Berta, un instante de debilidad, arrancado por los recuerdos de mi juventud... ¡Vayan en buena hora lejos de aquí...!, vosotros quedáis conmigo..., tú, que te interesas más que nadie en mi ventura..., tú que eres el ídolo de mi corazón... -¡Vayan, pues, donde no vuelvan a presentarse delante de mis ojos!... Y si alguno de vosotros quiere acompañarlos *(a los del acompañamiento);* si hay alguno que esté descontento en mi compañía, que no quiera reconocer en Berta a mi esposa, que no tenga por única y soberana ley mi voluntad..., también puede seguirlos, y despedirse

para siempre de estos umbrales... Yo no necesito a ninguno..., no me faltarán vasallos fieles, que tengan a mucha honra el ser admitidos en mi servicio. -¡Marchemos!

11.ª

(El acompañamiento se dirije a la puerta de la capilla, y se forma a los lados en dos filas. Alfredo conduce a Berta de la mano. -Ábrese la puerta, y se levanta de repente la sombra de Jorje: los separa, y los arroja con fuerza a uno y otro lado.)

LA SOMBRA.- ¡Deteneos, sacrílegos!

ALFREDO.- BERTA.- ¡Ah!

LA SOMBRA.- ¿No veis el mar de sangre que media entre vosotros?

(...Berta cae sin sentido en brazos de las damas: Alfredo de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos. El Griego, que ha quedado en primer término, también se lo cubre. Los demás manifiestan no ver nada.- Todo instantáneo).

Acto IV

La Confusión.

La falda del Monjibelo: los bosques y colinas. En primer término, entre árboles, una casita pobre.

1.ª
ROBERTO, RUJERO, ÁNJELA.

ÁNJELA.- ¿Conque abandonaron, decís, su escandaloso proyecto?

ROBERTO.- Tal ha sido la relación de Jenaro.

ÁNJELA.- ¿Habéis visto a Jenaro?

ROBERTO.- Acabo de dejarle en esa aldea.

RUJERO.- ¡Cómo!..., ¿habría salido por ventura del castillo?

ROBERTO.- Si no me interrumpierais...; pero, ¿cómo os lo he de decir todo de una vez?

ÁNJELA.- Continuad..., continuad, padre mío.

ROBERTO.- Os decía, pues, que ya que el mismo delito que los abruma estraviase sus fantasías, y diese cuerpo a aquella visión..., sea que Dios hubiese permitido que la sombra del

infeliz hermano de Berta se presentase a los ojos de sus asesinos..., el hecho es que, asombrados por el tremendo fantasma, no han vuelto a acercarse a los altares, para reclamar una bendición sacrílega y pronunciar un juramento tan horroroso.

RUJERO.- Más vale así... Al menos no añadirán la impiedad y la blasfemia tantos crímenes como pesan sobre ellos...!

ÁNJELA.- ¿Pero han seguido como antes, o han abandonado...?

RUJERO.- ¿Quién puede dudarlo, Ánjela?... La carrera del crimen se asemeja a la pendiente de una colina... ¡Guardémonos de dar en ella el primer paso!... Después, seremos arrastrados aún contra nuestra voluntad.

ROBERTO.- Al principio se apoderó de uno y otro el mayor abatimiento, y por largo tiempo permanecieron sin verse, encerrados caa cual en su habitación. Pero ese griego, que Dios confunda, después de haber trabajado separadamente con su elocuencia infernal para calmar los remordimientos de Alfredo y de Berta, haciéndoles creer que era sólo una ilusión hija de las preocupaciones de su infancia..., después, cuando ya estaban vacilantes, con un arte diabólico les proporcionó una entrevista, y en ella..., la pasión triunfó otra vez de los deberes.

ÁNJELA.- Y ¡que no caiga un rayo del cielo sobre ese hombre!

ROBERTO.- Desde entonces Alfredo y su querida se han abandonado con el mayor desenfreno a su locura. Sus vasallos todos contemplan asombrados un escándalo tan público, un crimen tan sin pudor... Ya no se recatan ni de los conocidos ni de los estraños: juntos han recorrido una parte de la Sicilia: juntos han asistido a las últimas fiestas de Palermo, llevando Alfredo en las justas los colores y el retrato de Berta, y siendo en ellas, en los palacios, en los castillos de los barones, el objeto de la admiración y del asombro universal.

RUJERO.- Y ¡era tan modesto!, ¡y temía tanto verse en espectáculo, aun a los ojos de los que lo adoraba !...

ROBERTO.- Su inseparable griego le sigue por todas partes, rodeado siempre del mismo misterio, escitando siempre la mayor antipatía, pero sojuzgando sin remedio a cuantos dirije sus miradas.

ÁNJELA.- Y ¿aún no se ha descubierto su patria, su orijen, su familia?

ROBERTO.- Nada, nada se sabe de él, más que lo que sabíamos todos. Sólo sobre la tierra, no se le conocen en ella más lazos que los del crimen. Mofador eterno de todos los sentimientos jenerosos, despreciador de todas las cosas divinas, frío predicador de un ateísmo desolante, sin amar a ninguna persona humana..., pero lleno al mismo tiempo de sabiduría y de recursos, multiplicándose por donde quiera, calando hasta el fondo de los pensamientos..., ese griego es un problema, que ni aun se atreven a considerar atentamente, por el mismo terror que les inspira a todos. -Mas entretanto, el castillo, abandonado por Berta y por Alfredo...

RUJERO.- ÁNJELA.- ¿Han dejado el castillo?

ROBERTO.- Hervía en él demasiado viva la sangre de Jorje; y quisieron abandonarlo, por ver si se libertaban de su sombra. -El castillo, pues, os decía, ha quedado como un yermo..., el miedo de los Señores se ha comunicado a sus sirvientes, que refieren cosas singulares de los asombros que allí pasan... Hay fantasmas, ruido de cadenas, apariciones misteriosas... En fin,

muchos, todos los que podían, han dejado el servicio de Alfredo... Entre estos es uno Jenaro, que me acaba de referir en esa aldea vecina tantas y tan estrañas novedades.

RUJERO.- ¡Tantas y tan estrañas novedades!... Sí: ¿quién había de adivinarlas? Cuando Alfredo se distinguía entre todos los barones de Sicilia, por la rectitud de su corazón y la pureza de sus costumbres..., cuando era su castillo una morada de contento, un modelo de felicidad sencilla y animada..., cuado la única pasión que conmovía su pecho era el amor filial, y quería por él arrostrar los mares, y lanzarse en los desiertos de la Palestina..., ¿quién nos había de decir que en tan corto tiempo nos esperaba un trastorno tan universal, tan absoluto?

ÁNJELA. *(Después de haberle hablado en secreto).*- Sí, padre mío, venid... Debéis estar cansado... Venid, y descansaréis un poco... Venid.

2.ª
RUJERO.

Yo me acuerdo del día en que llegó esa desdichada..., cuando él pensaba partir para los santos lugares... ¡Ojalá lo hubiese realizado! Nosotros, que nos oponíamos a su marcha ¡cuánto daríamos ahora por haberle precipitado a ella!... ¡Ah!, ¿qué sabe el hombre lo que le conduce al bien, ni lo que le lleva al borde del abismo?... -«¡La fatalidad!, -me decía él llorando otra tarde- la fatalidad es la única ley del mundo...!» -¿Tendría razón?... ¿Estará por ventura determinada nuestra suerte por un destino inexorable, imposible de doblegar por más enérjicos y constantes que sean nuestros esfuerzos?... ¡No..., no!... Él es culpado..., es culpado todo el que deja vencerse... ¡Hubiese huido cuando se reconoció débil para resistir, y no hubiera abrigado en su seno al áspid que había de emponzoñar la sangre de sus venas!... ¡La fuga!... La fuga siempre es posible, cuando no es posible la victoria... ¡Fuera desgraciado; pero no fuera criminal!

3.ª
RUJERO, ÁNJELA.

ÁNJELA.- Ya lo sabía yo... Desde que mi padre principió a darnos noticias de Alfredo, conocí que iba a acabarse tu alegría, ¡y a llenarse de tristeza tu corazón!

RUJERO.- ¿Qué quieres, Ánjela? Los efectos de la juventud no se lanzan tan fácilmente del pecho... Pero ya ves que mi tristeza no me impide ser feliz, ni contribuir con todos mis esfuerzos a tu felicidad... La melancolía que cubre a las veces un corazón puro y libre de remordimientos, es como una nubecilla de primavera: suele rociar algunas gotas sobre las flores..., pero no tarda en salir nuevamente el sol, y sus rayos brillan con más esplendidez en una atmósfera despejada, y parecen más amables sobre las perlas que había recojido el cáliz de las rosas.

ÁNJELA.- ¡Oh!, sí... En cuanto a bellas palabras, a lindas comparaciones, no es fácil igualarte..., y si te dejara decir... Mas, aunque duren poco esas nubecillas, aunque sea efímero el aguacero con que nos rocíen..., yo no quisiera verlas jamás..., porque cuando principian a amenazarlos, no puedo saber si serán únicamente unas nubecillas, o si llevarán en su seno el rayo y la destrucción. -¿Qué tal, mi querido maestro?, ¿voy sacando fruto de tus lecciones?, ¿voy aprovechando en el idioma de las alegorías?

RUJERO.- ¡Ánjela! ¡Ánjela!..., tú eres un ánjel, que el cielo ha enviado sobre la tierra, para hacer mi felicidad... A tu lado no puede morar la tristeza. Tú eres dulce, como la tarde de un hermoso día: blanda como el aliento de la rosa de abril: amable, como la antorcha que se descubre a lo lejos en una noche tempestuosa... Junto a ti no hay ninguna pena que no se embote, ningún pensamiento de amargura que no se dulcifique... ¡Ánjel del cielo!..., así me apareciste desde tu niñez; y cada día que pasa por nosotros añade un nuevo grado a mi pasión, un nuevo encanto a mi felicidad.

ÁNJELA.- ¡Siempre exaltado!, ¡siempre respirando entusiasmo en todas tus palabras!... O de Alfredo, o de mí..., no sabes tener otras conversaciones...

RUJERO.- Y ¿qué hay en este mundo, Ánjela mía?, ¿qué hay de real y verdadero, sino el entusiasmo, el amor y la amistad?... Y cuando el entusiasmo se consagra a un objeto digno, cuando el amor es puro e irreprehensible como el nuestro, cuando la amistad se fundó sobre simpatías virtuosas..., entonces ¡ay!, entonces..., ¿porqué ocultarlo en el silencio?, ¿porqué no publicarlo a la faz del cielo y de la tierra, como una ejemplo de ventura, y como un himno inefable en loor de la divinidad que nos la dispensa...!

(Cornetas... Ruido de cacería en la montaña).

ÁNJELA.- ¡Calla, Rujero!..., ¡calla!..., ¿no escuchas...?

RUJERO.- ¿Quién podrá ser?... El barón de este territorio esta en Palermo...

ÁNJELA.- Me parece que se alejan... Sí: acia aquel lado... Pero debe de ser una gran batida..., tiempo hace que no hemos presenciado ninguna igual... ¿Qué miras, Rujero?, ¿qué estás observando?

RUJERO.- No hay duda..., es un estranjero...; mas..., por allí no hay camino... Ya nos ha visto, y se dirije acia nosotros... No sé cómo ha podido pasar por medio de esos precipicios...

4.ª
RUJERO, ÁNJELA, RICARDO.

RICARDO.- Perdonadme, bellos jóvenes, si os interrumpo... ¡La bendición del cielo sea con vosotros, y en vuestra habitación!

RUJERO. *(Presentándole la mano).*- No os detengáis, buen hombre; llegad... Si sois, como parece, un viajero estraviado; si sois algún infeliz, a quien nosotros o nuestro padre podamos ser útiles..., llegad, llegad sin timidez: ...nuestra puerta no estará nunca cerrada para el menesteroso.

RICARDO.- Os agradezco en el alma esa bondad que me manifestáis; y aceptaré gustos algunos servicios, que no quedarán sin recompensa... Aunque me veis en una traje humilde...

RUJERO.- ¡Por Dios, estranjero!...

RICARDO.- Decís bien..., los servicios que se prestan desinteresadamente, no pueden pagarlos los hombres..., su recompensa está en otra parte. -Me permitiréis que descanse un poco...

ÁNJELA.- Pero aquí no... Venid..., mejor estaréis adentro.

RICARDO.- ¡Gracias!, ¡mil gracias, amable joven!..., no es necesario..., bajo de estos frondosos árboles... (Se sienta).

RUJERO.- ¡Como gustéis...!

RICARDO.- Sí, aquí..., es un hermoso sitio..., una vista sumamente deliciosa... Es una digna habitación de dos jóvenes tan felices como vosotros me parecéis.

RUJERO.- Estranjero: nosotros somos unos pobres aldeanos, que no os podemos ofrecer regalos ni abundancia; pero si necesitáis reparar vuestras fuerzas, no os faltará en esta humilde habitación con que satisfacer las verdaderas necesidades de la vida.

RICARDO.- Ya os he dicho que aceptaré vuestros servicios con la misma franqueza con que me los ofrecéis... Mis desgracias me han enseñado a aceptar sin altivez los beneficios de mis prójimos.

ÁNJELA.- ¡Vuestras desgracias! ¡Sois, pues, desgraciado!...

RICARDO.- ¡Mucho!..., muy infeliz... Mi vida entera ha sido una serie casi constante de desdichas; y si alguna vez ha lucido la felicidad sobre su horizonte, luego, ¡luego se ha desvanecido como una exhalación!

RUJERO.- Os compadecemos, estranjero: ...también nosotros sabemos lo que es sufrir, y hemos conocido las horas de la amargura... Sin embargo, la amargura ha pasado, y se ha desvanecido el sufrimiento, porque nuestros corazones estaban puros e inocentes.

RICARDO.- ¡Ah!, vosotros no habréis arrastrado una penosa existencia lejos de vuestra patria..., vosotros no os habréis visto arrancar todas las personas que obtenían vuestro cariño..., vosotros no habréis considerado la muerte volando en derredor pro espacio de muchos días, y no separarse de vuestro lado, y no restañarse la sangre que corría anchurosamente del pecho, sino para ser sepultado en las mazmorras de Damieta, y esperimentar el más horrible cautiverio. Yo no sé si cuando se padece tanto, será bastante consuelo el decir en el interior «¡soy inocente!» En cuanto a mí..., no puedo decirlo.

RUJERO.- Sin embargo, estranjero: ya parece que brillarán para vos días más tranquilos. Estáis en una tierra cristiana, en una tierra hospitalaria...

RICARDO.- Sí, amigo mío. Aguardo que lo sea para mí; y que se dulcifiquen mis desventuras. Rotas ya mis cadenas, y atravesado felizmente el mar, parece que el cielo principia a serme favorable.

ÁNJELA.- Y ¿es todavía muy lejos vuestros destino?

RICARDO.- Me dirijo acia la costa setentrional de la isla, viniendo de la opuesta donde he desembarcado. Confiado en mi memoria para reconocer estos sitios, que había recorrido en otro tiempo, me decidí a atravesar solo la montaña; pero algunos años han trastornado la faz de esta tierra, y os debo confesar que me he perdido... Cerca de estos lugares me pareció oír clamor de cacería, y me dirijí acia donde salía el ruido, para preguntar a los monteros por la senda que me convendría tomar... Pero ellos se alejaban; y por más esfuerzos que ponía de mi parte, sólo adelantaba confundirme y estraviarme más. Ya principiaba a fatigarme el

cansancio, cuando descubrí vuestra habitación... No sabéis cuánto os agradezco la caridad que ejercitáis conmigo.

RUJERO.- ¡Pues bien!, restableceréis vuestras fuerzas; y luego que queráis partir, yo mismo os conduciré a la llanura, y os indicaré vuestro camino, según el punto a donde deseéis marchar... Y bien ¡Ánjela mía...!

ÁNJELA.- Escucha, Rujero... *(Hablan en secreto).*

RICARDO.- (¡Rujero! ¡Ánjela!... Y su edad... Y sus facciones... ¿Sería posible? Pero ¿cómo habrían dejado el castillo?)...

5.ª
(Suena otra vez el ruido de la cacería).
RUJERO, RICARDO.

...Dispensad, joven, que os haga una pregunta... Vuestros nombres..., no lo puedo disimular..., me han conmovido en estremo... ¿Habéis nacido en estos lugares?

RUJERO.- En la isla, sí; no aquí precisamente... Más allá de esa cordillera, acia la llanada de Palermo, hay un castillo donde tuvo principio nuestra existencia... Si, como parece, vos habéis recorrido estos lugares, podéis conocerle muy bien... El padre de Ánjela y el mío eran vasallos del Señor de aquel territorio, y continuos de su casa...

RICARDO.- ¿Vuestro padre se llamaba...?

RUJERO.- Conrado.

RICARDO.- ¿Y el de Ánjela, Roberto?

RUJERO.- Seguramente... ¿Los conocíais por ventura?..., esa ajitación que demostráis...

RICARDO.- Y ¿vive Roberto?, ¿vive?

RUJERO.- Vive..., aquí..., con nosotros...

RICARDO.- ¿Aquí?, ¿y no en el castillo?... ¡Dios mío!... ¡Roberto! ¡Roberto!..., ¿y mi hijo?

Éntrase en la casa.

RUJERO.- ¡Conoce a nuestros padres!, ¡a nosotros...! Su habla..., su fisonomía... ¡Si no hubiese muerto!... ¡Alfredo!..., ¡qué horror!... ¡No sea, Dios mío!... Sigámosle a descubrir este misterio...

6.ª
ALFREDO, BERTA, EL GRIEGO, CRIADOS.

(Han asomado sobre una colina al tiempo que Ricardo decía las últimas espresiones. -Van bajando).

BERTA.- Aún no se descubren los que quedaron con los caballos.

ALFREDO.- Es mucho lo que hemos subido..., pero ya no podemos tardar en llegar a la falda.

BERTA.- ¡Bien lo deseo! ¡Estoy tan cansada!... Jamás me he sentido con menos fuerzas que hoy.

ALFREDO.- Descansaremos, si quieres... Aquí..., en esta cueva, podemos guarecernos de los rayos del sol.

BERTA.- No..., no..., estoy ajitada..., no sé porqué..., no quisiera detenerme en estos sitios..., bajemos..., bajemos...

ALFREDO.- Pero al menos, amor mío, puedes apoyarte en mi brazo..., ¿qué tienes, Berta?, ¿porqué tiemblas?..., ¡qué pálida estás!

BERTA.- Estoy muy cansada..., no me es posible seguir si no nos detenemos un poco.

ALFREDO.- ¡Pues bien!..., aquí..., en esta pequeña llanada, bajo estos árboles... ¿Qué miro?... Una casa... Ven, Berta..., en ella...

BERTA.- No, no... Alfredo..., no: no llegues a esa casa..., ¿no ves qué aspecto tiene?... Yo me lleno de terror...: no sé porqué..., pero no lleguemos... ¡Ah!..., ¡míralo!, ¡míralo!

ALFREDO.- ¿Qué, Berta?, ¿qué?

BERTA.- ¿No lo ves?... El cuervo que nos persigue todo el día; que no ha dejado de volar en derredor de nosotros, y que en vano han querido ahuyentarlos ballesteros... ¡Míralo, míralo sobre esa casa...!

ALFREDO.- Voy a disipar tus recelos... Dadme una ballesta.

BERTA.- ¿Qué vas a hacer, Alfredo?

ALFREDO. *(Alfredo le dispara: el cuervo cae).*-Míralo... ¿Se acabarán ahora tus temores?

BERTA.- ¡Bien!..., pero no lleguemos a la casa... Descansemos aquí un instante, y sigamos nuestro camino.

ALFREDO.- Como tú quieras, mi vida. Descansemos aquí..., yo también necesito un poco de descanso... ¡Qué ballesta tan pesada!..., me ha hecho daño el esfuerzo para disparar..., y el pecho me late furiosamente... *(Se sienta).* Sólo tú, amigo mío, *(al Griego)* eres superior a todas las fatigas. -Sin embargo, observo hoy en ti una novedad que no sé esplicarme: jamás te he visto tan taciturno..., ¡no parece sino que estás enamorado...!

EL GRIEGO.- ¡Yo!... No, no lo temas.

ALFREDO.- ¿Te ha sucedido alguna desgracia?, ¿te agovia quizás algún doloroso presentimiento?

EL GRIEGO.- ¡Presentimiento!... ¿Soy yo acaso algún espíritu débil como tú?

ALFREDO.- Me parece que no tienes derecho para darme ese nombre. En otro tiempo, lo confieso, mi razón era esclava de todas las preocupaciones comunes..., pero, gracias a tu ausilio, ya he sacudido un yugo tan insoportable.

EL GRIEGO.- ¿De verdad, Alfredo?

ALFREDO.- Entiendo que tú no lo debes dudar... Ahora, por ejemplo..., ¿crees que en otra ocasión no me hubiera detenido en disparar ese ballestazo?..., ¿crees que no me llenaría de temores esta zozobra interior que me ha quedado de él?

EL GRIEGO.- Podría haber, sin embargo, circunstancias que te hicieran puerilmente temblar, como temblabas antes.

ALFREDO.- No lo temas, amigo mío..., ¡temblar!, ¿de qué?... Aquel fantasma que me perseguía se ha disipado..., aquella voz que resonaba en mis oídos, me ha libertado ya de su persecución...

EL GRIEGO.- ¿Qué sabemos lo que nos espera?... Tú que te jactas de valor y de serenidad, quizá desfallecerías delante de un hombre que puede estarnos oyendo...

ALFREDO.- ¿Te burlas?

EL GRIEGO.- Como Berta temblaba delante de esa cabaña, que no se atreve a mirar.

BERTA.- Por compasión..., no me la nombréis... ¡Y bien!... Yo no me precio de fortaleza... ¡Dejadme con mis preocupaciones!... Vamos..., vámonos, Alfredo...

ALFREDO.- ¡Berta!

BERTA.- Sí, dejadme..., vámonos..., ¿no veis que esa cabaña tiene el aspecto de un sepulcro?..., ¿no veis ese vapor fatídico que la rodea?... Si de repente se levantara en ella...¡Ay!... ¡Ricardo!..., ¡mi esposo!, ¡perdón!

7ª.

ALFREDO, BERTA, EL GRIEGO, RICARDO, ROBERTO RUJERO, ÁNJELA, CRIADOS.

RICARDO.- ¡Berta!

ALFREDO.- ¡Berta!..., ¡mi padre!

RICARDO.- ¡Alfredo!

RUJERO.- ¡Desdichado!

BERTA.- ¡Perdón!, ¡sombra de mi esposo!, ¡espíritu de la tumba! ¡Perdón!

RICARDO.- No soy sombra, Berta..., no soy espíritu de la tumba... No, Alfredo..., soy tu padre..., soy Ricardo..., que vive aún para correjir los estravíos, para castigar los crímenes... El

cielo no ha permitido mi muerte..., ¡ojalá me la hubiese enviado, antes de veros como os encuentro hoy! -En fin, ya estoy en Sicilia..., y a vuestra presencia. -Levantad, señora..., marchemos a mi palacio..., allí sabréis mi voluntad. -Roberto, Rujero, Ánjela..., acompañadme también..., no admito ninguna escusa, ninguna, ninguna... En cuanto a vos *(Al Griego)* ¡dispensadme de que os vuelva a ver delante de mí!...

Acto V

El Crimen.
Un salón del castillo: puertas y ventanas.
Es de noche. Una lámpara alumbra la escena.

1.ª
EL GRIEGO, ALFREDO.

EL GRIEGO. *(Entrando con cautela).*- ¡Alfredo! ¡Alfredo!

ALFREDO.- *(Levantándose).* ¡Amigo mío!..., ¿tú aquí?... Yo te imajinaba lejos de este palacio.

EL GRIEGO.- ¿Había de haberte dejado de ese modo?..., ¿sin despedirnos?

ALFREDO.- Como mi padre...

EL GRIEGO.- Tu padre..., sí..., tu padre me ha echado de su presencia..., ¡tal relación le habrán hecho de mí su Roberto, su Rujero, su querida Ánjela... -¡Y bien!, no volveré a presentarme a su vista... Tampoco me presentaré más a la tuya, si confirmas por tu parte este destierro...

ALFREDO.- ¡Yo!

EL GRIEGO.- Ellos me acusan de que te he pervertido y te he precipitado..., de que si tú has adorado a Berta, si os habéis entregado a los placeres de ese amor, ha sido sólo por mis consejos... En cuanto a ti, bien sabes la verdad: bien sabes cuán falsas son esas acusaciones; cuán lejos estaba yo de estos lugares, cuando quiso vuestra suerte... Pero, en fin, esto no importe... Si tú participases de su creencia..., si entendieses que culpándome a mí te puedes restaurar en la gracia de tu padre..., si anhelas obtener esta gracia..., ¡en buen hora!..., pronuncia una palabra, y marcho a donde no vuelvas a verme jamás.

ALFREDO.- ¡Oh!, ¡nunca!, ¡nunca, amigo mío!... Nunca me acusarás de esa ingratitud, de esa perfidia... Primero estoy resuelto a sufrir todas las reconvenciones, todas las penas que quieran imponérseme. Yo no te debo a ti sino agradecimiento, eterno agradecimiento... Tú has sido el único que te has interesado por mí..., que trabajas por conseguir mi ventura.

EL GRIEGO.- No esperaba yo otra respuesta de Alfredo... Perdona si he finjido unos temores que estaban muy distantes de mi corazón... Y, pues que tú no me lanzas de tu presencia, pues que no me ordenas abandonar el castillo..., descuida, Alfredo: me quedo contigo..., permaneceré a tu lado hasta ver asegurada nuevamente tu felicidad...

ALFREDO.- ¿Qué pronuncias, amigo mío?... ¡Mi felicidad!... ¡Ilusión que se ha desvanecido como un sueño!..., ¡palabra que no tiene sentido para mí!... ¡Felicidad!..., esta mañana la creía aún posible..., ya me iba aproximando a ella... Ahora..., cuando me ves en este abismo sin fondo, donde me he precipitado..., cuando el sepulcro mismo ha lanzado su presa, para que venga a pedirme cuenta de mis crímenes..., ¿cómo puedes hablarme de felicidad ni de esperanza?

EL GRIEGO.- ¡Siempre débil!, ¡siempre preocupado por una idea!, ¡siempre desconfiando de lo futuro, porque ni siquiera conoces lo presente!

ALFREDO.- Pero, ¿dónde...?, ¿dónde puedo encontrar, no ya la ventura, siquiera al menos el descanso?... ¿Dónde?... ¡Ah!..., ¡lo sé!..., en un lugar..., en un lugar sólo..., no hay más que uno para mí..., la tumba. ¡La tumba!, sí..., y yo bajaré a ella..., yo descansaré en el seno de la nada... Allí, allí se calmarán estos dolores: allí se apagará la maldita estrella, que me ha conducido por el mundo... Mira..., ¿ves este acero?, ¿le ves teñido en sangre?..., es la de Jorje... Ya sabe el camino del corazón..., Jorje descansa ya... Yo iré a descansar a su lado...

EL GRIEGO.- Me da compasión el escucharte... ¡Quieres morir!, ¡quieres abandonar la vida!, ¡renunciar al porvenir que tal vez se te preparaba!... ¡A los cinco lustros de edad, renunciar a la existencia, por un contratiempo que hubieras podido prever!... ¡Pobre, pobre entusiasta! ¡El que esta mañana me decía que no era ya un espíritu débil! -Vamos, Alfredo: es necesario sacudir esos restos de molicie... Ninguna aflicción es perdurable..., ninguna tormenta dura veinte y cuatro horas... Serénate..., conserva por esta noche la vida..., siempre hay tiempo para morir... ¡Y bien!, ¿en qué se funda ahora tu desgracia?, en que vive tu padre..., mas ¿es por ventura inmortal?

ALFREDO.- ¡Que idea, gran Dios!

EL GRIEGO.- Nada..., nada de estraño... Al momento se ofusca tu razón, y te pierdes tras de sentidos misteriosos. -Yo he dicho únicamente que tu desgracia se funda en la vida de tu padre, y que tu padre no es inmortal. ¿No es esto, por ventura, muy sencillo? ¿No es lo natural que los padres mueran primero que sus hijos?...

ALFREDO.- Calla..., calla..., ¡esas espresiones, ese acento me estremecen!...

EL GRIEGO.- Siento que interpretes con tal equivocación mis ideas..., ¡pero bien!, me guardaré de repetírtelas... Únicamente insisto en que no abandones la esperanza. A cada instante puede haber una novedad en la vida... -Aguarda... Tu padre se acerca con Roberto... Sígueme, sígueme..., tenemos aún que hablar, primero que te presentes a él.

2.ª
RICARDO, ROBERTO.

RICARDO.- No, no puedo dilatarlo... Había pensado que pasase esta noche antes de intimarles mi resolución..., pero no sé qué zozobra me ajita..., el corazón me late como si quisiera salírseme del pecho... ¡Necesito concluir de una vez!

ROBERTO.- ¿Qué ordenáis, pues, Señor?

RICARDO.- Haz que vengan a mi presencia...

ROBERTO.- ¿Los dos?

RICARDO.- Sí, los dos..., pro no a un mismo tiempo... Quiero conservar cuanto me sea posible un resto de serenidad.

ROBERTO.- Y ¿cuál vendrá primero?

RICARDO.- Cualquiera..., lo mismo es... No, no..., ella..., ella primero. -En favor de mi hijo me hablará siempre la memoria de su madre.

ROBERTO.- ¡Ah, Señor!..., ¡su madre!

RICARDO.- Sí, Roberto..., su madre..., aquella bienaventurada que yo no merecía, y que nos está mirando desde el cielo... ¿Porqué he podido olvidarla alguna vez?... ¡Ve!, ¡ve, Roberto!

3.ª
RICARDO.

¡Ojalá la hubiese yo acompañado a la tumba..., y no me vería hoy...! Yo, yo soy el primer culpado..., yo que falté a mis votos, a mis promesas más solemnes..., ¡que puede ultrajar la memoria de Blanca, dándole una sucesora...! Ella no hubiera nunca faltado a la fe que nos juramos en el altar... -No puedo respirar..., la sangre hierve y sofoca mi pecho..., parece que van a estallar todas mis venas... ¡Está tan condensada esta atmósfera! Un poco de ambiente de la noche..., sí..., respiremos...

(Abre una ventana del fondo. Aparece el Volcán ardiendo: al mismo tiempo truenos y relámpagos. -Cierra otra vez).

-¡Oh Dios!, ¡también el cielo...!, ¡también la naturaleza se estremece...! ¡Qué noche de horrores es esta!, ¡qué noche de desolación!

4.ª
RICARDO, BERTA.

ROBERTO. *(Llegando).*- Vuestra esposa, Señor.

RICARDO.- Bien, Roberto. *(Roberto se va).*

BERTA. *(Corriendo a los pies de Ricardo).*- ¡Misericordia, Señor!, ¡misericordia!

RICARDO.- ¡Levantad, levantad, Berta!

BERTA.- No, no me levantaré de vuestros pies hasta que me hayáis perdonado.

RICARDO.- Levantad..., ¿puedo yo perdonaros por ventura?... Vuestro perdón..., ¡imploradlo del cielo!

BERTA.- Del cielo..., sí..., yo lo imploraré..., mi vida toda será un sacrificio de espiación por mis crímenes... Pero perdonadme vos también..., así me será más fácil desarmar la cólera divina.

RICARDO.- Bien lo habéis menester, Berta..., vuestras faltas han sido muy grandes.

BERTA.- ¡Atroces! Ricardo..., ¡atroces!... Lo conozco... Yo os he perdido..., he perdido a mi hermano..., he perdido a vuestro hijo..., he manchado vuestro tálamo..., he hecho correr mi propia sangre..., he derramado el deshonor sobre vuestro nombre..., he sido el oprobio de mi país, el escándalo de Sicilia, la execración del mundo todo... ¡Atroces!, ¡atroces han sido mis crímenes!..., ¡mi existencia ha sido un azote para la humanidad!... Pero apiadaos de mí, Ricardo..., no me desechéis de vuestra vista con indignación..., tened, tened piedad de esta infeliz... ¡Decid que no podéis perdonarme! ¡Ah! Dios perdona siempre, cuando es verdad nuestro arrepentimiento.

RICARDO.- ¡Bien... Berta!... Yo tampoco soy inexorable... Yo os perdonaré..., porque Dios nos perdone... Levantad.

BERTA.- ¡Me perdonáis!... ¡Oh!, ¡no me levantaré de vuestras plantas!... Dejad que las riegue con mi llanto, con el llanto de la gratitud y del consuelo... Vos me salváis, para abrirme las puertas de mi salvación... ¡Ah! Puesto que vos me perdonáis..., puesto que estas lágrimas que corren por mi pecho han podido enternecer vuestro corazón..., ¡haced, Dios mío, que también consiga misericordia en presencia de mi hermano!... Haced que también me conceda su perdón..., que se borre mi crimen..., ¡que se estinga esa voz horrorosa que me ha perseguido desde su muerte!...

RICARDO.- (¡Desdichada!... Seguramente era digna de más felicidad!)

BERTA.- ¡Conque me habéis perdonado!..., ¡oh gozo!... Ya puedo levantarme del suelo... *(Levántase)*, ya tengo derecho... ¡Ay!, no... ¡Bello es el arrepentimiento..., pero no es puro y cándido como la inocencia!... -Me habéis perdonado ..., derramáis un bálsamo sobre mi pecho; mas nadie borrará la mancha que llevo estampada sobre mi frente.

RICARDO.- Berta..., yo he pronunciado vuestro perdón, porque he visto correr vuestras lágrimas, y porque mi corazón también necesita encontrar misericordia. Cuando yo era joven..., estuve unido a un ánjel, cuyo mérito no conocí durante su vida; mas a quien, por lo menos, no hubiera debido olvidar después de su muerte... La olvidé un momento..., vos me hicisteis olvidarla..., ¡ojalá no hubieseis escuchado nunca una palabra mía!... Desde entonces se acabó mi tranquilidad, y no he conocido más que desgracias. -Perdonada estáis, Berta; pero ni vos ni yo debemos querer una vida común..., ni el mundo pudiera tampoco permitirla... Vos conoceréis que no obro por resentimiento..., os aseguro que no os conservaré ningún rencor; mas las heridas duelen, aunque sean hechas por una mano amiga. -¡Berta!, mañana partiréis para el monasterio que elijieseis... No debéis alucinaros: ¡necesitáis implorar largamente la misericordia del Señor!

BERTA.- Precisamente iba a solicitar de vos esa gracia. Hay situaciones en que no nos queda otra esperanza que la de una penitencia perdurable. Yo debo hacerla, Ricardo... Yo la haré. -Ni tengo derecho para ser considerada como esposa vuestra; ni soy ya tan poco cuidadosa de vuestra opinión y vuestro nombre, que quiera haceros participar de mi ignominia... No: yo he comitido el crimen; yo sola debo llevar el castigo y la vergüenza... Disponed mi marcha..., disponed mi destino... Sola, en una perpetua reclusión, yo justificaré vuestra conducta, y haré conocer a vos propio y al mundo entero que soy digna del perdón que me habéis otorgado.

RICARDO.- En buen hora, Berta..., yo lo celebraré..., pro ya veis que entre nosotros no puede haber más relaciones. -Adiós... Roberto cuidará de vuestro destino.

BERTA.- Adiós, Señor... Adiós... En fin me habéis perdonado..., el cielo os haga tan dichoso como yo deseo.

5.ª
RICARDO.

¡Dichoso!... ¡Ah!, eso es imposible..., la felicidad no estaba guardada para mi vejez..., lo estaban sólo la tristeza y el desamparo... Sin embargo, cuando se perdona, se alijera un poco el peso del corazón... Y ¿quién no ha de perdonar, cuando todos necesitamos induljencia? -*(Truenos).*- ¡Cómo brama la tempestad! Parece que batallan todos los elementos, que el universo todo está conmovido como mi corazón.

ROBERTO. *(Entrando).* -Alfredo, Señor, aguarda vuestras órdenes.

RICARDO.- Haced que entre... *(Roberto se va.)*... -¡Blanca! ¡Blanca!... He aquí a tu hijo y a tu esposo... ¡Ay!, tu memoria me enternece en su favor... Ya he principiado a perdonar..., y ¿quién puede ser duro e inexorable con un hijo?

6.ª
RICARDO, ALFREDO.

RICARDO.- Acercaos, Alfredo... Acercaos a vuestro padre...

ALFREDO.- (¡Mi padre!)

RICARDO.- Acercaos..., ¿no tenéis nada que decirme?

ALFREDO.- ¡Yo!

RICARDO.- Sí, vos, Alfredo... ¿No tenéis nada que decir a vuestro padre?... Un padre siempre está pronto para escuchar a su hijo...

ALFREDO.- (¡Qué martirio!)

RICARDO.- ¿No me respondéis?

ALFREDO.- ¿Qué he de responderos, Señor?... Yo..., nada tengo que deciros.

RICARDO.- (¡Qué diferencia!..., ¡y ella no es mi sangre!)... ¡Pues bien!..., supuesto que nada tenéis que decirme..., yo tengo que deciros a vos... ¿Sabéis, Alfredo, que soy vuestro padre?..., ¿sabéis que tengo derecho para pediros cuenta de vuestra conducta?

ALFREDO.- Lo sé, Señor.

RICARDO.- ¡Lo sabéis! Y ¿sabéis también que esa conducta ha sido la más criminal, la más escandalosa?, ¿que habéis derramado a manos llenas el deshonor sobre vuestro padre?,

¿que habéis asombrado a la Sicilia?, ¿que habéis llegado a ser la execración de la Cristiandad?, ¿que vuestro nombre será la palabra de baldón y de oprobio para todas las jeneraciones venideras?, ¿que el infierno mismo es estremecería, si bajaseis a él cubierto de tan detestables crímenes?... ¿Calláis?... Sí: callad..., pero lo sabéis: no podéis ignorarlo... Y si la voz de vuestra conciencia se ha estinguido absolutamente en vuestro corazón..., mi voz, la voz tremenda de un padre, se levanta todavía más terrible para recordároslo, para tronar sobre vuestra cabeza, y resonar incesantemente en vuestros oídos. *(Truenos).*

ALFREDO.- (¡Yo no puedo más!)

RICARDO.- Tu padre..., sí..., que en medio de las más lisonjeras esperanzas se acercaba a Sicilia, creyendo encontrar en los brazos de un hijo la felicidad que había huido de su seno...! Tu padre..., que había escuchado otras veces en la Palestina los elojios de tu virtud, y se había gozado de ella, como de la corona más preciosa que pudiera el cielo concederle!... ¡Ah!, todo ha volado como un sueño, como una ilusión!... Su virtud se ha convertido en horrores, su obediencia en rebeldía... Yo le he abierto los brazos, los brazos de un padre que siempre perdona..., ¡él ha separado su rostro, y me ha rechazado sin piedad!

ALFREDO.- ¡Padre!, ¡padre!... ¡Y bien!..., ved aquí mi pecho..., empuñad ese acero que pende a vuestro lado..., partidme con él el corazón... Vengad, vengad, Señor, vuestros ultrajes..., vengad los crímenes que están acumulados sobre mi cabeza..., vengad la sangre que esta mano derramó, y cuya mancha no puede borrarse de mi frente... Yo soy el oprobio de vuestro nombre, el baldón de mi patria, la execración del mundo..., vos lo habéis dicho... ¡Pues bien!, un golpe sólo; y se borra ese oprobio, fenece ese baldón, y ¡Alfredo descenderá al eterno descanso!... ¡Mi muerte!, ¡mi muerte sola!...

RICARDO.- ¡Tu muerte!, ¡tu muerte, hijo del dolor!... Y ¡la pides a tu padre!... ¡Ay!, él ansiaba por otorgarte su perdón, y tú le pides la muerte!... ¡Desdichado!

ALFREDO.- ¡Mi perdón!, ¡imposible!... El cielo mismo no puede perdonar los crímenes que me abruman...

(Truenos).

RICARDO.- ¡Silencio, sacrílego!..., ¡que tu labio no pronuncie semejante blasfemia!..., ¿sabes que con ella destrozas todavía más el corazón de tu padre?

ALFREDO.- ¡Mi perdón!... ¿Sería posible?..., ¿pudierais vos perdonar....?

RICARDO.- Alfredo..., es necesario concluir una escena tan dolorosa... Yo había esperado más de tus antiguas virtudes... Me engañaba... Es necesario que partas inmediatamente del castillo..., que salgas muy en breve de toda la Sicilia... ¡Hijo desnaturalizado!, has cubierto de duelo y desolación a quien te ha dado la existencia..., a quien hubiera perdido la suya por tu felicidad... Por mi honor, por ti mismo , no puedo consentir en que parezcas de nuevo a mi presencia... Marcha..., marcha lejos de estos lugares..., y pide a los cielos que te acompañe su bendición, ya que no puede acompañarte la mía.

(Truenos).

7.ª
ALFREDO.

¡Conque estaba dispuesto a perdonarme! ¡Conque su bendición iba a caer sobre mi frente, si yo la hubiese implorado!... ¡Yo!, ¡implorarla yo!... Y ¿qué me importaba su perdón para mi felicidad?... ¿Me había de volver a Berta? ¿Había de privarse de sus encantos por satisfacer los deseos de un hijo tan criminal?... No, no... He hecho bien..., el mismo resultado, y una humillación menos... -Esta idea que no me abandona..., estas palabras del Griego «¿es por ventura inmortal?, -¿no es natural que los padre mueran antes que los hijos?»... ¡Oh!, ¡sería demasiado!... ¡qué crimen!..., ¡desechemos, desechemos tan horrible idea!

(Óyese el preludio de harpa del primer acto. En seguida una voz canta como allí:)

LA VOZ.- «¡Ricardo!... Ricardo volaba el primero,
brillando entre todos cual rayo de luz:
torrentes de sangre derrama su acero...
¡Victoria a Ricardo!, ¡victoria a la cruz!»

ALFREDO.- ¡Qué acentos, Dios mío! ¡Qué recuerdos!... ¡El romance de aquel peregrino!...

LA VOZ.- «¡Despierta, Ricardo!... Ya Alfredo se lanza
romper tus cadenas ansiando o morir...
¡Despierta, Ricardo!... Victoria y venganza
la espada de Alfredo sabrá conseguir...»

ALFREDO.- Y ¡también mi nombre!, ¡el nombre de Alfredo!... ¡Yo..., yo se lo dije!... ¡Alfredo era entonces inocente... Alfredo anhelaba entonces por descubrir a su padre..., por salvarle del cautiverio en que le creía sepultado... ¡Ahora!..., ¡qué horror! -No más..., no más crímenes... -¡Padre!, ¡padre mío!, ¿porqué me abandonáis, ahora que va a principiar mi arrepentimiento?... ¿No podrán borrarse mis crímenes?, ¿no habrá un bautismo para mi rejeneración, ¿no habrá perdón?, ¿no habrá misericordia para mí?

8.ª
ALFREDO, EL GRIEGO.

EL GRIEGO.- No, no le hay..., es imposible, Alfredo.

ALFREDO.- ¡Imposible!

EL GRIEGO.- En un primer momento, en un momento de conmoción, fácilmente se pronuncia «perdón-olvido-misericordia»... Mas la conmoción pasa; y el olvido, y el perdón, y la misericordia pasan con ella.

ALFREDO.- ¡Pasan!

EL GRIEGO.- ¿Cómo ha de aniquilarse una memoria, cuando la despiertan todos los días los objetos que estamos viendo? ¿Somos por ventura dueños ni de nuestros recuerdos, ni de nuestra voluntad?

ALFREDO.- ¡Es cierto!..., ¡es cierto!... Pero yo gozaba un instante con esa ilusión... Te hubiera agradecido que me dejases saborearla...

EL GRIEGO.- Para sufrir más después..., ¡cuando descubrieses la verdad!

ALFREDO.- *¡La verdad!*, *¡la verdad!*... Siempre me has dicho lo que llamabas la *verdad*,... y esa *verdad* ha sido siempre desoladora.

EL GRIEGO.- ¡Otras veces!... Serían ilusiones..., ¡en buen hora!..., pero yo era feliz... *¡La verdad...! tus verdades...*, me han hecho cada día más desgraciado.

EL GRIEGO.- Justo..., justo es que me dirijas semejantes reconvenciones... He aquí el pago de complacer a un espíritu débil, a un visionario como tú.

ALFREDO.- ¡Griego!..., déjame en paz..., déjame gozar siquiera un solo instante..., déjame al menos la esperanza... *Tus verdades* son como el infierno, que no conceden un momento de descanso.

EL GRIEGO.- Sí, voy a dejarte..., no un instante solo... Estás cansado de mis servicios..., te pesa el agradecimiento..., no nos volveremos a ver... Quieres gozarte en la idea de no sé qué perdón, como un niño, como una mujer tímida: ...gózalo largamente..., implóralo de Berta: ella, ella podrá conseguirlo de tu padre.

ALFREDO.- ¿Qué dices?... ¿De Berta?

EL GRIEGO.- Sí, de Berta, que lo ha obtenido antes que tú... De Berta, que lo obtendrá fácilmente de su esposo, sólo con dirijirle una mirada halagüeña.

ALFREDO.- ¿De verdad? ¿De verdad?

EL GRIEGO.- ¿Qué me preguntas?... *Mis verdades* son siempre desoladoras...

ALFREDO.- No te burles de mi dolor... Respóndeme, respóndeme aunque me traspases el alma... ¿Es verdad?, ¿es verdad lo que acabas de decirme?

(Truenos).

EL GRIEGO.- ...Son como el infierno, que no conceden un momento de descanso... Quiero dejarte gozar de otras verdades.

ALFREDO.- ¡Cruel!, ¡bárbaro amigo!... Respóndeme..., respóndeme..., o tiembla por ti, por mí, por todo lo que nos rodea... ¿Ha obtenido Berta su perdón?, ¿ha vuelto a entrar en el corazón de mi padre?, ¿le ha dado el suyo?

EL GRIEGO.- ¿No te lo acabo de decir?, ¿acostumbro yo engañarte, auque te duelan, aunque te sean terribles mis palabras?... Pero ella misma se acerca..., a ella puedes preguntárselo. *(Vase).*

ALFREDO.- (¡Infiel!..., ¡reprimamos la cólera!...)

9.ª

ALFREDO, BERTA. *(Truenos frecuentes hasta la conclusión).*

BERTA.- ¡Alfredo!

ALFREDO.- ¿Os admiráis de verme?

BERTA.- No os buscaba..., no creía hallaros en este sitio... Adiós.

ALFREDO.- ¡Berta! ¡Berta!... ¿Así me dejáis?

BERTA.- Y ¿qué queréis de mí?..., ¿no estamos mejor cuanto más distantes?..., ¿qué puede haber ya de común entre nosotros?

ALFREDO.- ¿Qué puede haber de común?... ¿Y vos me los preguntáis, Berta?

BERTA.- Nada, Alfredo, nada..., como no sea el arrepentimiento.

ALFREDO.- Aún hay más..., aún hay otro lazo..., ¡el crimen!, ¡el crimen..., que nos tiene unidos para siempre!

BERTA.- ¡Oh!, dejadme..., dejadme, Alfredo... Yo no puedo escucharos..., dejadme..., os mando que me dejéis.

ALFREDO.- ¡Que te deje!, ¡que te deje!... No lo aguardes jamás... El nudo que nos une no puede desatarse..., es superior a tus fuerzas.., no hay en el mundo quien pueda romperlo... ¡Que te deje!... No, infiel... En este mismo instante vas a seguirme..., vamos a abandonar el castillo..., vamos a partir para tierras remotas, donde no haya ningún obstáculo a nuestra pasión, donde podamos vivir eternamente en el delirio que nos ha arrastrado... No creas que te deje... ¡nunca!..., yo soy tu mal Jenio, como tú lo eres el mío..., yo te seguiré como tu sombra..., yo estaré siempre unido a tu existencia... Tú has querido venderme..., tú has querido volver a ser de otro..., ¡infiel!, ¡perjura!..., pero no es posible..., te lo he dicho muchas veces..., estamos irrevocablemente unidos..., ¡el cielo o el infierno han de ser para los dos...!

BERTA.- No, Alfredo, dejadme: os lo digo otra vez... Yo no he sido vuestra sino por el crimen..., por un crimen que detesto, que he abjurado ya para siempre... Abjuradle vos, Alfredo..., abjuradle también... *(Ábrese de golpe la ventana del fondo al estampido de un trueno: entran los relámpagos: arde el volcán)...* Mirad..., mirad..., ¿no veis cómo se estremece el universo?, ¿cómo tiembla la tierra?, ¿cómo se incendian los aires?... ¡Temblad, temblad el rayo que se fulmina ya sobre nosotros!... Arrojaos a los pies de vuestro padre..., implorad su perdón..., el perdón abre los cielos..., el perdón borra la mancha de vuestros crímenes..., su labio pronunciará el vuestro..., vos sois su hijo..., ¡él ha pronunciado el mío, y yo era más culpada!

ALFREDO.- ¡Yo!, ¡yo arrojarme a sus pies, cuando él me arrebata tu corazón!..., ¡jamás!, ¡jamás!... ¡Ingrata!, ¡indigna del amor que mi pecho te ha profesado!... Nunca, nunca me amaste... Siempre ha sido Ricardo el objeto de tus suspiros... ¡Y yo arrostraba por ti hasta las furias del infierno..., hasta una condenación eterna!... ¡Tú me abandonas!, ¡tú le amas!... Pero no: no gozarás de tu triunfo..., no escaparás del poder de Alfredo... ¡Y bien!, un crimen más..., ¿qué importa?... O en el momento te decides a participar de mi fuga..., o me sigues al fondo de la Alemania, a Castilla, a la Libia..., a donde quiera..., o ese objeto de tu predilección..., ese venturoso Ricardo... *(Sacando la daga).*

BERTA.- ¡Alfredo! ¡Alfredo!, ¿a tu padre?... Y ¿no se abre la tierra bajo tus pies?

ALFREDO.- Sí, Berta: se abrirá; pero nos hundiremos juntos..., tú y yo..., juntos para siempre... Mi padre..., mi padre, dices... ¡Y bien!, ¡tú eres quien lo asesinas..., tú, quien asesinas a tu esposo, como otra noche asesinastes a tu hermano...!

BERTA.-¡Dios mío, misericordia!

ALFREDO.- ¿Lo ves, Berta?, ¿lo ves?... Dentro de un instante lo verás enrojecido..., destilando esa sangre que amas... Ven..., ven..., ahora..., en este momento...

(Alfredo en el mayor delirio. Quiere arrastrar a Berta).

BERTA.- ¡Infeliz!..., ¡detente!, ¡detente!... ¡Ricardo! ¡Ricardo!

ALFREDO.- Calla..., ¡calla, desdichada!

BERTA.- No, no..., no callaré... ¡Socorro!... ¡Ricardo!..., tu hijo..., míralo!..., ¡guárdate!

10.ª
(Truenos y relámpagos).

ALFREDO, BERTA, RICARDO, ROBERTO, RUJERO, ÁNJELA, CRIADOS. *(Entrando por diferentes partes).*

TODOS.- ¡Alfredo!

ALFREDO. *(Se hiere y cae).*- ¡Maldición sobre mí!

TODOS.- ¡Alfredo!

(Al herirse Alfredo aparece EL GRIEGO *de repente en el fondo: vese un momento sobre sus labios una sonrisa infernal, y desaparece. -Cae el telón).*